

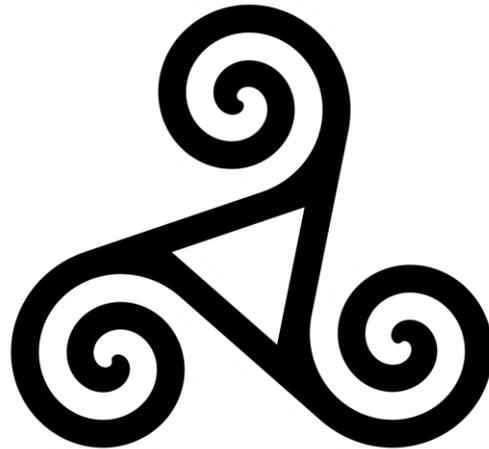
Dr. Arnold Krumm Heller
MAESTRO HUIRACocha

LEY DE KARMA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA



MÉXICO
1912



LEY DE KARMA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Alto estudio teosófico escrito en castellano

POR EL DR.
ARNOLDO KRUMM HELLER
(HUIRACOCHA)

MÉXICO
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE CH. BOURET
Avenida del Cinco de Mayo, Num. 45

1912

La presente obra se transcribió como parte del trabajo de divulgación de las obras de Dr. Arnoldo Krumm Heller (Maestro Huiracocha.) considerando su obra bibliográfica como una fuente de valiosos tesoros para todos los lectores.

FRATERNITAS ROSICRUCIANA ANTIQUA
DE VENEZUELA

Aula Madre "Luz y Razón"
Maracaibo, 2021

LOS DERECHOS DE PROPIEDAD DE ESTE OBRA QUEDAN
ASEGURADOS CONFORME A LA LEY.

NOTA

Los derechos de esta obra los cede el autor a la Sociedad de autores Nacionales del país en que se represente y se suplica a la empresa que ponga en escena "Ley de Karma", que, si desea suprimir algo de ella, se sirva de hacerlo de acuerdo con algún "teósofo" ú "ocultista" para así no sea adulterada la parte más íntima de la obra, pues a ella se debe el colosal éxito que ha alcanzado en sus representaciones.

ARNOLDO KRUMM HELLER

ÍNDICE

Opiniones de la Prensa

Personajes

ACTO I

ACTO II

ACTO III

OPINIONES DE LA PRENSA

"La Ley del Karma." Con un público intelectual y selecto, compuesto de alemanes y de mexicanos amantes de la ciencia y del estudio, se puso el lunes en escena "Ley de Karma."

No obstante, la casa llena, al principio se notaba alguna incertidumbre y desconfianza en el público. ¡Para que la obra triunfara, se tenían que vencer tantos obstáculos! Además, la nota* que parecía en los programas de mano, referente al realismo del primer acto, hacía temer a los que no conocíamos la obra, que íbamos a asistir a algo así como a una práctica de clínica. Sin embargo, bien pronto se fue desvaneciendo la frialdad y la inquietud de la concurrencia, pues las primeras escenas demostraron que, aunque la tesis del doctor Krumm Heller fuera comprendida o admirada por el público, basta el desarrollo dramático, la parte meramente teatral de forma de la obra para hacerla triunfar en toda la línea.

Desde el realismo del primer acto hasta el idealismo del último, incluyendo la sociología del segundo, acusa la obra, la erudición, el talento, el carácter y el valor civil de su autor, y sinceramente creemos que con algunos ligeros retoques - que más que por el autor deberán ser indicados por los amigos de éste - "Ley de Karma" llegara a ser una obra que dé teatro lleno a las empresas y que al mismo tiempo eduque al público que la presencia.

Hay que agregar, además, que para conocer a fondo "Ley de Karma", se necesita verla más de una vez, o por lo menos leer detenidamente el libreto, pues con una sola representación no se pueden apreciar todas las bellezas que encierra, muchos pequeños detalles, que son cada uno. eslabones de importancia en la cadena de la exposición y desarrollo de la tesis.

En cuanto a la interpretación, la señora Fábregas, si bien abusó de su defectuosa escuela en el primer acto, o no se penetró de esa parte de su papel, en el segundo estuvo a gran altura (es este acto el que más se adapta a su manera de ser) y se mostró bastante discreta en el último. Del resto de la compañía, sólo la Señorita Castillo recibió

merecidos aplausos. Esta señorita es una halagadora promesa para el teatro mexicano. Si actores más discretos, se hubieran, encargado de los demás papeles, el éxito de "Ley de Karma" habría sido mayor.

Es de sentirse que el doctor Krumm Heller no quiera volver a presentar su trabajo sino con un fin caritativo; y más aún sería que se cumpliera lo que afirmaba a sus amigos la noche del estreno de que tal vez no se volvería a poner nunca en escena. Es obra apostólica, trascendental, profunda, que tiende a desvanecer las tinieblas y los errores en que se encuentra sumergida una parte de nuestra sociedad, y a ella llevar la luz de la verdad, el conocimiento de la realidad de las cosas.

El autor debe, con tesón y constancia, perseverar y trabajar para que sea conocida por todos, y su efecto se extienda y se difunda.

Ojalá que además de la obra teatral, el doctor Krumm Heller hiciera una novela o estudio de "Ley de karma", el libro secundaría y completaría la labor del drama.

*

* *

"Ley de Karma". - Declaro ingenuamente que tuve necesidad del concurso de una buena Enciclopedia para no ir al teatro ayuno de lo que quería significar la palabra "Karma". Y supongo que la inmensa mayoría del numeroso público que asistió al estreno de la primera obra escénica del Dr. Krumm Heller estaría tan ignorante como yo, de que ley era esa.

Esto de tener que acudir al diccionario para que le expliquen a uno lo que va a ver en el teatro, será muy modernista, pero no resulta nada práctico.

"Ley de Karma" es sencillamente... una de esas filosofías o teosofías que no hay medio de explicar sin caer en el ridículo de no poder salir airoso del atolladero. Se trata del "yo pensante" de la fuerza mental necesaria para contrarrestar los efectos del atavismo; en fin, de una cosa muy enrevesada y, por lo tanto, difícil de llevar a escena con la seguridad del triunfo.

Y, sin embargo, el autor triunfó, si a juzgarse va por los aplausos y clamores del público y por el gran número de veces que fue llamado al palco escénico.

Pero el autor escuchó aplausos más que a la idea engendradora de la obra, a la habilidad con que supo poner de relieve ciertos defectos de la sociedad presente, a la forma discreta de diálogo, que, aunque demasiado erudito a ratos, demuestra un feliz dominio de una lengua extraña y a la sugestiva creación del tipo de Herta, la protagonista del drama.

Esto se reduce a demostrar; una vez más, que el amor maternal, fuente de inagotables tesoros de ternura y abnegación redime a la mujer culta. Está personalizada en Herta tuvo una invaluable intérprete en la señora Fábregas, para quien especialmente parece escrita esta obra.

Los demás personajes episódicos muchos de ellos, no estuvieron tan felices, pero debo exceptuar a la encantadora señorita Castillo, bella niña que comienza su carrera demostrando tener la madera de que se hacen las verdaderas artistas.

La obra termina con una patética invocación al Altísimo (que si fuera más breve resultaría de más efecto), que contrasta con algunas declaraciones del segundo acto, en que el actor con poco acierto, a mi juicio, ridiculiza la venerable figura de un Obispo católico. Este y otros lunares de más gracia que antipatía, no quitan merito al drama, que lo tiene mucho, como obra literaria.

*

* *

"Ley de Karma". - Ante todo advertiremos a nuestros lectores que el drama del Dr. Krumm Heller es "un alto estudio teosófico escrito en castellano", según reza el programa que tengo sobre mi mesa.

En efecto, algo y aún algo hemos observado en el dialogo de tres actos en que está dividida esta obra.

Por de pronto señalaremos con gusto, en alabanza justa del autor, que "el alto estudio" está escrito en castellano sencillo y claro, y que en algunos párrafos de la obra hay ocurrencias felices e ideas más o menos teosóficas asentadas con feliz acierto, lo que ya suponen en el Dr. Krumm Heller, que es alemán, un talento literario de que carecen muchos autores nacionales, sea dicho sin ofender a nadie.

Hay en la obra parlamentos fastidiosos por lo largos, escenas pesadas y lánguidas, en las que el autor ha querido colocar sus discusiones teosóficas, y esto en dramaturgo que debuto anoche como tal, es pecado de poca monta, teniendo en cuenta que, en conjunto, la obra está bien escrita, regularmente pensada y finalizada con frases muy bellas que son como el resumen, la enjundia, por decirlo así, del pensamiento del autor, no comprendido por todos indudablemente, primero, porque a mi juicio, la idea - madre de la Obra - está claramente concretada, y segundo, porque las ideas teosóficas que informan el argumento de la obra, son todavía poco conocidas.

El cronista, que se considera un poquito iniciado en esta doctrina, al estudio de la cual consagro algunos años, cree haber comprendido el pensamiento fundamental de la obra, pensamiento para muchos muy discutible, pero no por eso menos interesante.

Abundan también en la, obra comentarios y chistecitos literarios, políticos y hasta religiosos, no del todo mal traídos y que fueron celebrados con risas y aplausos.

En resumen: la obra es aceptable, aunque adolezca de algunos defectos escénicos.

La interpretación fue discreta en conjunto, distinguiéndose la Fábregas en su papel de protagonista y la Señorita Otazo, que aún muy joven, acusa excelentes facultades para el género cómico. Tiene gracia, es donairosa y traviesa y sabe hablar claro moverse con naturalidad, accionando con muy acertada desenvoltura.

Hará carrera.

*

* *

Indudablemente, hay gente que tiene mucho talento. Lo Comprendí después de asistir a la representación de "Ley de Karma", la tendenciosa obra del doctor Krumm Heller. ¡Pero es para parar los pelos de punta! Un doctor, fisioterapeuta, ocultista, y por añadidura alemán, que en su vida ha escrito otra cosa que conferencias esotéricas y artículos científicos, que lleva poco tiempo relativamente de conocer el español y vivir en la República.... escribir un drama y escribirlo bien, en un español que ya quisieran muchos españoles y críticos teatrales, con situaciones y escenas de la vida real, tratadas con una habilidad que ya hubiéramos querido ver en cierta obra de autor mexicano. Parece cosa de magia ¿no? Pues yo solo veo esto como el esfuerzo de un talento pacientemente educado. La obra del doctor empieza con la escena de un prostíbulo, de atrevido realismo, con enorme discreción tratando, continua con la descripción, no bien lograda, de cierto medio social de México y termina con una plegaria melodramática. El acto primero y el principio del tercero, a mi juicio es lo mejor de la obra, y lo más malo y lo más mal trabajado por el autor, es segundo acto y el final del tercero. El ambiente de la vida alegre de Berlín está tomado con exactitud (yo nunca he estado en Berlín; pero estas cosas son lo mismo "tanto aquí como en Jaén") el tipo del doctor Eisenbarth, a ratos tiene rasgos muy bien sorprendidos, como en el final del primer acto, y a ratos aparece como un títere movido por los hilos de la tesis que plantea el autor. Es de censurarse, con cierta dureza, el poco tacto del doctor Krumm Heller al ridiculizar en un obispo ciertas creencias del pueblo mexicano, y al caricaturizar en un monigote sin vergüenza algo que en el extranjero podría tomarse como la imagen de la prensa mexicana. Para el desarrollo de la obra del doctor, estas situaciones muy poca falta harían. Por lo demás, sinceramente felicitamos al doctor Krumm Heller, y uno mi aplauso a los vibrantes, nutridos y numerosos con que saludo la colonia alemana en la noche del estreno.

PERSONAJES

Herta.	Dr. Eisenbarth.
Marta.	Enrique.
Tante Buhr.	Gilbertín.
Virginia.	Obispo.
Grethe Zalme.	Eduardo.
Luisa Bahuer.	Ricardo.
Da Soledad.	Don Pomposo.
Laura Vogel.	Guadalupe.
Da Guadalupe.	Don Isidoro.
Da Concepción.	Guillermo.
Da Dolores.	Pablo.
Criada 1ª.	Escribiente.
Criada 2ª.	Familiar 1º.
	Familiar 2º.



ACTO I

ESCENA I

Sala muy elegante con dos puertas en el foro, una grande en el centro y cuatro laterales. Forillo de corredor con barandal. En el último término el telón de fondo, que debe ser la otra parte de la casa, donde se ve una hilera de cuartos bien arreglados. Los muros tienen cuadros de marinas y mujeres desnudas.

Al levantarse el telón se verán por las puertas las piezas bien arregladas con camas; las últimas piezas están cerradas.

Adornos de flores; un piano en la derecha y gran candil de centro.

Aparecen el Dr. Eisenbarth, el escribiente y aquellos cerca de una mesita redonda en la que el escribiente recibe al dictado lo que el Dr. Eisenbarth le dicta, paseándose por el salón, el cual observa. Gilbertín sentado en el taburete del piano y la cabeza sobre los brazos que se apoyan en el teclado del piano: duerme.

Eisenbarth: (*Como siguiendo el hilo de lo que ha empezado a dictar*), "y en cumplimiento de la orden de referencia me presente a la casa No 7 de la calle Quarent d'Or en la que comencé mis averiguaciones de la manera siguiente: dos puntos..." y ahora seguiremos, en cuanto haya a quien interrogar.

Escribiente: Bueno, Señor Doctor, mientras llega alguna de las personas que deben presentarse, ¿quiere Ud. Decirme que objeto persigue esa sociedad que lo envía a Ud. a tomar estos datos? Perdona la pregunta, pero como Ud. es tan bondadoso... Porque desde que me nombraron escribiente, me devano los sesos y ... nada
(*Se ve una criada muy elegante que va de cuarto por cuarto de los del foro.*)

Eisenbarth: Pues es muy sencillo. Esta agrupación se compone, en su mayor parte, de Señoras que desean moralizar poco a poco

la Sociedad en que viven y hemos sido llamados algunos hombres para ayudar en sus tareas a aquellas damas nobles y desempeñar ciertas comisiones como la que hoy traemos, que a ellas, por ser Señoras, les sería imposible llevar a cabo.

Escribiente: A ja.. ja.. ja.. ¡¿Y cree Ud. que la mejor manera de dar cima a tan noble idea sería repartir dinero entre las necesitadas?!

Eisenbarth: Ca! Hombre, no es dinero lo que les falta.

Escribiente: Ah, entonces, ¿buscar trabajo a las que no lo tienen?... Ayudará las de buena fe a elevarse; ¿en fin, hacer algo más práctico que interrogatorios?

Eisenbarth: ¡Ya se hace mucho! Ya se busca ocupación a cuantas quieran salir del vicio, a cuantas lo solicitan... más ... como no todo sale a medida del deseo, no siempre quedan conformes las agraciadas. Hay quien después de estar tres o cuatro meses sin empleo.... Durante el tiempo que naturalmente se ayuda por la Sociedad a mantenerse, y ya cuando las dejamos un poco, para que ellas mismas busquen, entonces, después de pedir por Dios algo de comer, rechazan una plaza, porque es de portera, o porque solo tienen asignada la mesada de 20 o 25 marcos. Quieren ganar cientos y esos... de institutriz, empleadas de un Ministerio o apoderadas, Ud. comprenderá que eso es imposible.

Escribiente: La verdad es que....

Eisenbarth: La verdad es que después de esto, no quieren trabajar. ¿Dice Ud. que se reparta dinero? ¿Cuánto se necesitaría para repartir entre aquellas que no saben apreciar su valor? Capitales Enormes se repartirían diariamente y.... no se llegaría jamás a satisfacer todas las exigencias; además, sería fomentar el vicio o por lo menos el ocio.

Escribiente: En eso tiene Ud. razón; comprendo que al mal hay que atacarlo por otro lado.

Eisenbarth: Ahora bien, los interrogatorios que hacemos tienen por objeto averiguar la causa del mal y poder atacarlo después directamente y notan solo, mi amigo, las enfermedades del cuerpo sino también las morales, que, por desgracia, se heredan, tanto más que las otras.

Escribiente: Pero ¿Como?

Eisenbarth: Muy sencillo, existen sanatorios para criaturas, hijos de tísicos: se llevan a los asilos los hijos de alcohólicos, luéticos, es decir, enfermos de la sangre, y se procura en ellos extirpar el mal que tienen en sus cuerpecitos, como terrible resultado del descuido de los padres; pues que se hagan también sanatorios morales para los hijos de estas desgraciadas, aunque rara vez por fortuna, los tienen; que se funden centros recreativos y escuelas; asilos en los que se impartan las buenas enseñanzas en las que se den preciosos ejemplos, en los que se premien la virtud y se castigue el vicio y a los que allí se lleven, los inocentes niños desde su más tierna edad, para que vayan creciendo en adecuado medio ambiente moralizador...
¿Que de cada cien se logren diez? ¡Pues eso se va ganando!

Escribiente: ¿Y Ud. cree que eso llegue a dar el resultado apetecido?

Eisenbarth: Estoy seguro de ello: Los padres, por negligencia, por bondad exagerada o por tiranía ridícula, hacemos la desgracia de nuestros hijos; de cada mil casos de estos seres infelices, novecientos noventa se deben a los padres, lo prueban las razones que acabo de señalarle. Por Ejemplo (*repara del pianista*) mire Ud., estoy seguro que el que allí duerme, es uno de esos sujetos ¡Vamos a interrogarle! Así aprovecharemos el tiempo.

Escribiente: Como Ud. disponga.

Eisenbarth: (*Al escribiente por el pianista*) He aquí una especie no clasificada de nuestra sociedad. (*se acerca al pianista*) Eh! ¡Joven!

G. Koslowsky: ¡Voy! ¡Voy!...

Eisenbarth: (*Zarandeándole*) joven! ¡joven! (*lo sigue zarandeando*).

Gilbertín: Demonio, que ya voy he dicho (*Levantando la cabeza y medio dormido aún dice*) ¿La Machicha?

Eisenbarth: ¡Óigame Ud.!

Gilbertín: (*restregándose la cabeza*) ¿La viuda alegre?

Eisenbarth: ¡No hombre, no! Atiéndame.

Gilbertín: (*despertando y bostezando*) Ah! Perdóneme Ud. caballero, creí...

Eisenbarth: Deseo hacerle algunas preguntas, a las que espero me contestara sin escrúpulos, cuando sepa que soy enviado de la sociedad Moralizadora "La Estrella Blanca" de Berlín.

Gilbertín: ¡Ah! Esa sociedad de la que hablan tanto los periódicos y para la que dio la Krupp, la de los cañones, así lo leyó Herta aquí, 100.000 marcos.

Eisenbarth: La misma.

Gilbertín: pues estoy a sus órdenes.

Eisenbarth: Mil Gracias. ¿Le ruego me diga por qué esta Ud. aquí y a que obedece que Ud. viva de esta profesión? ¿No podía trabajar en otra cosa? A ver, explíquese Ud.

Gilbertín: Yo soy polaco, y aprendí a escribir últimamente aquí en Hamburgo. Ignoro todas las operaciones aritméticas y gracias a que la necesidad me ha obligado a conocer la subdivisión de la moneda, porque ni aun eso me enseñaron.

Eisenbarth: ¿De dónde es Ud.?

Gilbertín: De un pueblo cerca de Cracovia.

Eisenbarth: ¿No ha ido Ud. a ningún colegio?

Gilbertín: ¡A ninguno! Desde que era pequeñito comenzó mi padre a enseñarme a tocar el piano; él fue un buen profesor, de lo bueno. ¡He! Con lo que ganaba vivíamos Él, mi mamá y yo, y se empeñó en que no estudiara, por lo pronto, otra cosa.- Tiempo tendrá, decía, tiempo tendrá para aprender lo demás, y me tenía horas y más horas haciendo escalas y ejercicios. Mi mamá quería que yo aprendiera un oficio, pero él decía que eso era una herejía, porque yo con el tiempo dejaría chiquito al mismo Wagner. Ya ve Ud. que Wagner soy. ¿Le toco algo?

Eisenbarth: No, Gracias....

(Sale en el fondo Lina Robbe, otra mujer se asoma como para pedir algo y grita.)

Eisenbarth: ¿Por qué no da Ud. conciertos?

Gilbertín: ¡Ah! Porque mi padre a veces me fue apurando mucho, pero en general me fue enseñando despacio, para que no me fatigara mucho en las lecciones difíciles y ahora no tengo tiempo para seguir estudiando. De día duermo y de noche toco. Algunas veces, al amanecer, esperando visitas, me quedo dormido, y entonces Grethe, Luisa y otras me pintan con un corcho y me dejan dormido. ¡Sin vergüenzas! ¡Como a ellas no les duelen mis huesos!

(Se ven salir del cuarto a la Tante Buhr, dueña del establecimiento, a Luisa Bahuer, Grethe Zalme, que se dirigen a la escena.)

Eisenbarth: Podría Ud. sacrificar algún descanso al estudio y así ...

Gilbertín: Eso hago para aprender la música de baile que se pone de moda y que ejecuto de oído, porque lo que gano apenas me alcanza para vivir.

Eisenbarth: ¿Gastará Ud. mucho?

Gilbertín: Con esta vida es difícil ahorrar.

Eisenbarth: ¿Y el día en que se enferme?

Gilbertín: En el Hospital Municipal cuidan y mantienen.

ESCENA II

Entran por el foro Luisa Bauer y Grethe Zalme: la primera con un peinador elegante y Grethe Zalme con una Kimona larga.

Luisa y Grethe: (*Entrando*), Buenos días, señor.

Eisenbarth: Buenos días. Sírvanse Uds. acercarse (*a Gilbertín*) mil gracias Sr. Koslowsky, por hoy he terminado y le quedo agradecido por su condescendencia.

Gilbertín: estoy a sus órdenes. Ya sabe Ud. Donde me tiene a su disposición. (*Se sienta otra vez cerca del piano, habla en voz baja con Grethe Zalme.*)

Eisenbarth: Gracias, señoritas, perdónenme que las haya molestado, pero tengo la comisión de interrogar a Uds. acerca de su vida, para llevar estos datos a la sociedad moralizadora "La Estrella Blanca" que es quien me envía.

Luisa: ¿Y a esa sociedad que le importa lo que yo haga?

Eisenbarth: no es lo que Ud. Hace actualmente lo que desea saber.

Luisa: ¿pues entonces?...

Eisenbarth: Es el motivo que ha conducido a Ud. y a sus compañeras a vivir de ese modo.

Grethe: (que ha escuchado) ¿Y por qué hemos de ser nosotras las que hemos de decirlo únicamente? ¡Habemos tantas ... !

Eisenbarth: También a aquellas se les está interrogando. A mí me tocó en turno venir por acá; a otros, les cupo en suerte ir por otras partes.

Grethe: ¿y todas han contestado?

Eisenbarth: ¡Todas!, ¡Porque si no lo hacen tenemos facultad de multar!
(*Aparte al público.*) Si no me impongo nada lograré.

Luisa: (*que no sabe si cree o no lo de la multa*)
Ensíñenos lo que le han dicho.

Eisenbarth: Aun cuando trajera sus respuestas, no las enseñaría, como no lo haré con las que Uds. tengan la bondad de darme. Estos son asuntos que solo incumben a la comisión de la sociedad que represento.

Luisa: pues entonces, ¿qué interés puede tener lo que digamos? Si Uds. lo publicaran en los periódicos, nos serviría de anuncio siquiera.

Grethe: ¡Claro!

Eisenbarth: ¿qué interés puede tener? Muy sencillo. Evitar que otras jóvenes caigan en el precipicio que Uds. se hallan; procurar que no sigan este camino; mostrarles la vida que Uds. llevan para que se horroricen.

Luisa: Ja! Ja! Ja! O para que se entusiasmen a emprenderla.

Grethe y Gilbertín: (*Ríen.*)

Eisenbarth: No es natural que así suceda, cuando se les diga que las que traspasan los umbrales de casas semejantes a estas, van dejando en cada peldaño de su escalera el honor, la dignidad y la vergüenza, y al par que van adquiriendo el menosprecio, la indiferencia y el asco!

Grethe: eso del asco lo dirá Ud. por mí, porque si me insulta no contesto.

Luisa: (*Luisa, que aún tiene algo de dignidad, piensa y se queda mirando el suelo.*)

Eisenbarth: No, señorita, hablo en general; no es mi intención ofenderles. (pausa) Los portales de esas casas están llenos de maldiciones de padres deshonorados y humedecidos con las lágrimas de madres afrentadas. (*Se van contristadas las dos mujeres y el pianista*) Que ya para Uds. no hay amor, el amor puro, noble, el amor ideal, el que, o se oculta a los hijos, cuando por desgracia los tienen, o los sentencian a que sigan en esta infame carrera; y no hay mujer, no puede haberla, que después de haber sentido los sublimes dolores de la maternidad, revuelque al inocente fruto de sus entrañas en el fango y la escoria; que le escupa el rostro, que le envenene el corazón. ¿Verdad?

Luisa: (*Contristada, seria y resuelta a contestar. Grethe saca el pañuelo, Gilbertín hace figuritas en el suelo con el pie.*)
Pregunte Ud.

Eisenbarth: ¿Qué motivó su entrada en esta vida? ¿No pudo Ud. dedicarse a otra cosa? ¿No quiso Ud. a nadie? ¿No tuvo quien le evitara esta caída?

Luisa: un momento, señor.... ¡me agobian tantas interrogaciones! Yo no conocí a mis padres. Desde que tengo uso de razón recuerdo haber vivido aquí en San Pauli en medio de la calle, entre un montón de chiquillos harapientos que, como yo, vendían cerillas a los marineros que venían a divertirse aquí. Entre esos chiquillos dormía acurrucada en un zaguán. Muchas veces dormía en la puerta de esta misma casa, porque como Ud. debe saber, esta casa es ... (*mirando como si viene la dueña*) ... ¡es casa! ... ; vaya! ... (*como dando a entender lo que es*) desde que hay San Pauli de Hamburgo, porque estas casas también se heredan.

Grethe: Cállate, Luisa, no hables de heredar en este sentido, no va a venir Herta por ahí; se pondría furiosa; esa quiere evitar la herencia a la rapaza del colegio.

Gilbertín: (*Se pone nervioso, pero quiere disimular.*)

.....

Luisa: Pues si señor, cierta vez una mujer sucia me llevo de aquí, de la puerta, para su casa y allí me dio de comer pues desfallecía de hambre. Me hizo trabajar mucho, hasta me pego con una varilla de hierro, haciéndome una herida profunda; vea Ud. la cicatriz (*se descubre el brazo*) por fin me escape de la casa. Un Gendarme me llevo a la prevención, de allí fui al Hospital, en donde supe ganarme la simpatía de la afanadora mayor, a la que ayudé en sus quehaceres. Esta tenía un hijo, Germán, el cual se enamoró de mí, y una noche, después de que aquel muchacho se apoderó de todos los ahorros de su madre, nos escapamos juntos. Muy pronto se acabó el poco dinero que llevábamos. Germán robaba relojes, portamonedas en los tranvías, hasta que le echaron el guante y entonces me fui a vivir con un joven pintor quien mato Germán cuando salió de la cárcel y regreso a la misma. Todavía está en el presidio... iy de esto hace más de dos años! Después, pues.... Después... ¿a qué seguir? Al principio, busque amigos en los restaurants, y al último... Ya me ve Ud., pues aquí... es el lugar en el que mejor he estado en mi vida.

Eisenbarth: ¡por consiguiente, no desea Ud. abandonarla!

Luisa: ¿Yo? ¡Jamás! ¿Para qué? ¿Para volver a recibir golpes del uno, a soportar las miserias del otro y sufrir hambre con todos? No, vivo bien y muy a gusto.

Eisenbarth: ¿y si la hubieran recogido a tiempo, enseñado algún oficio, si Ud. hubiera tenido quien la guiase... una madre cariñosa, un padre honrado?

Grethe: Le hubiera pasado lo que a mi señor. Mi padre era cochero: un hombre recto, cariñoso para con sus hijos y su mujer; pero severo al mismo tiempo. Mi madre lavaba ropa ajena y yo la acompañaba. Todas aquellas telas finas llamaban

profundamente mi atención. Soñaba con llegar a poseerlas. Llegue a adornar con papel de colores mis camisitas y vestidos. Un día, el dueño de la tienda en que hacía las compras para la casa, me regalo una sortija de oro y me ofreció unos pendientes, si le daba un beso. Cuando vieron en mi casa aquellas chucherías, por no decir quien me las había dado, me propinaron una soberbia paliza; le conté el caso al señor de la tienda, y este entre caricias y besos me aconsejo que me quedara a vivir en su casa, porque él me compraría trajes, adornos, brillantes.... ¡Qué sé yo! El caso es, que a los cinco meses de vivir con el me arrojó a la calle una noche que estaba borracho, y vagué... vagué por la ciudad hasta que... hasta que poco a poco y cayendo, cayendo como Luisa, he venido a parar aquí.

Eisenbarth: ¿Y dejaría Ud. esta casa?

Grethe: ¡ya lo creo!, hoy mismo; quisiera habilitarme de cupletista; dicen que mi facha y mi voz se prestan, pero debo allí seiscientos marcos en vestidos, según ella, porque para mí no son más que ciento cincuenta; más como sabe subir las cuentas, recibe todo el dinero, porque ella es la única del negocio.

Eisenbarth: No es eso, dejaría Ud. esta vida o estas casas o

Grethe: (*pensando*) ¡Par ir a la de mis padres, si! Pero no me admitirían. Mi padre es muy severo, sería capaz de matarme. Ya no está aquí tampoco. Está en Bremen; el verano pasado me llevo un señor a paseo allá y lo vi con su coche, parado cerca de Rolando. Me dio basca de puro susto; las rodillas me dolían. No sé cómo me evapore de allí; el capitán de un velero, que era el amigo que hablaba a la sazón con mi padre, se quedó con la boca abierta cuando me vio correr; creyó que había visto a un fantasma. Ahora me rio.... (*pensando*) Mi madre... mi madre... quien sabe! Pero no... no me admitirían. A donde habría de ir (*se oyen hablar y reír en el fondo, salen 2 mujeres más*)

Eisenbarth: ¿Y no sabe Ud. hacer nada?

Grethe: sé lavar.

Eisenbarth: ¿Por qué no se dedica Ud. a ello?

Grethe: ¡Ah... no, a eso no! Es un trabajo pesado y deja muy poco.
Además, maltrata las manos. Vea Ud. que bonitas manos.

Eisenbarth: Ah.

ESCENA III

Entran por el foro la propietaria Tate Buhr, de blusa chillona suelta, Emma Vogel, vestido de calle; Lina Rubbe, de bata.

Las tres: (*al entrar*), Buenos días.

Eisenbarth: Buenos días, señoras.

Tante Buhr: (*esta mujer, la dueña de la casa, tiene la voz algo ronca, no mucho*) Ya les dije a estas niñas de lo que se trataba y están a sus órdenes.

Eisenbarth: mil gracias, acabo de recibir las respuestas de aquellas señoras y ahora desearía tener la de Ud.

Tante Buhr: ¿Las mías? (*como asombrada.*) (*pensando.*) Pues vaya Ud. escribiendo. Yo nací... (*todas atienden.*) el año de 1800.

Gilbertín: ¡¡Uno!! (*Risa.*)

Tante Buhr: ¡Imbécil! (*por Gilbertín.*) Habría de tener cien años. (*Risas.*) Mil ochocientos (*pensando sin dejar de comer dulces.*).

Eisenbarth: no se moleste Ud., señora, no es tanto lo que deseo saber.

Gilbertín: El señor lo que quiere saber es algo de nuestros días y ya va Ud. a remontarse a la edad media. (*Risas.*)

Tante Buhr: ¡¡Animal!! ¡¡Estúpido!! ... (*Le tira un caramelo que el coge y se lo disputa a Luisa.*)

Eisenbarth: No haga Ud. caso. ¿Desde cuándo se ha dedicado a vivir de este modo?

Tante Buhr: desde que me retiré de las tablas.... Porque yo era bailarina, ¿Sabe Ud.?, y di mucho que hablar. Y me traía detrás lo más florido de la Ciudad: Condes, Marqueses, Príncipes....

Gilbertín: Barrenderos... traperos.... Basureros. (*Risas.*)

Tante Buhr: Sí, ríanse, ríanse, que a pesar de eso jamás llegaréis a veros como yo me vi, solicitada hasta por Monarcas. Yo no sé qué hace la juventud de hoy, no sabe darse a valer, no lo sabe. En mis tiempos.... ¡Ya, ya!! Miren Uds., vino una vez un príncipe moro....

Luisa: Ya va a salir, el rapto y el suicidio del aquel infeliz....

Gilbertín: De aquel bárbaro. Porque era un Príncipe Bárbaro. ¿Verdad? Para haber raptado a Tante Buhr (*Risas*).

Eisenbarth: Perdone Ud. señora, pero lo que deseaba saber eran los móviles que la habían guiado a vivir de este modo, ¡porque de joven no tendrá Ud. esta profesión!

Tante Buhr: Cá, yo fui bailarina, como le dije a Ud. Y después de mil aventuras, porque como ya he dicho, tuve amores con condes, duques y marqueses.

Gilbertín: todos bárbaros.

Tante Buhr: ¡Cállate, saltimbanqui estúpido! Fui decayendo, me salieron las primeras canas, comenzaron las arrugas, sobre todo las patas de gallo, el rostro se me desfiguró.... pero no por los años ¿eh? ¡No tengo tantos años! Me vinieron desde la pena que sufrí al ver rodar a mis pies a aquel príncipe moro (*Risas, movimientos de impaciencia de Eisenbarth*). Pues bien, desde entonces me casé. (*Risas Grotescas*). ¡Me casé!! me casé!! (*Casi a gritos dirigiéndose al grupo de Luisa y Gilbertín*), me casééé!! Con un rico comerciante que tenía un Hotel y que murió del corazón.

Gilbertín: ¡Del Hígado! (*Risas.*)

Tante Buhr: Es lo mismo, del Hígado mueren la mayor parte de los hoteleros y comerciantes en vino, y nadie lo dice.

Eisenbarth: ¿y dio Ud. al Hotel este nuevo giro?

Tante Buhr: ¡precisamente!, ¿qué iba a hacer con tanto mueble? ¿No le parece a Ud.?

Eisenbarth: ¿Qué quiere Ud. que le diga? ¿Y no tiene Ud. hijos?

Tante Buhr: ¡De mi juventud, no! Ahora... a todas estas niñas las amo como si lo fueran, (*Risas*) les he tomado un cariño verdaderamente maternal. (*Se echa un puñado de dulces en la boca*).

Gilbertín: Miauu.....!

Eisenbarth: ¿Así es que no? no abandonaría Ud. esta clase de negocio por nada.

Tante Buhr: No.

Gilbertín: Claro, sino tuviera la casita, habría de volver a ser bailarina, y ahora los Condes amarillos, Príncipes negros, y reyes colorados.... Deben haber cambiado de color, y de gusto. (*Ríen todos.*)

Eisenbarth: (*A Lina Rubbe*) tiene Ud. la bondad....

Lina: ¡No! yo la última.

Eisenbarth: Pero ¿qué más da ser la última que la primera?

Grethe: (*Burlándose*) Es que le da vergüenza, como tiene tanta...

Luisa: es que está inventando una historia cursi y romántica para hacerse la interesante. ¡Hipócrita!

Lina: No soy yo hipócrita, pero no quiero contar mi historia. Ya se lo dije a Tante Buhr, ¿verdad? Y si lo hago, ha de ser a solas con el señor.

Gilbertín: (*Con Malicia*) Hum.....

Luisa: Que sin vergüenza.... oiga. ¡A un señor tan respetable!

Grethe: ¡Y tan serio!

Gilbertín: ¡¡¡Y de la sociedad Moralizadora...!!!

Lina: (*A Tante Buhr*) Lo ve Ud., y luego no quiere que llore. (*Llora.*)

Tante Buhr: Eá, basta ya (*A Eisenbarth*) Dispense Ud. es novicia Siga Ud. con esta otra. (*Laura Vogel.*)

Laura: (*Hace señas a las demás que le quieren tomar el pelo.*) Yo no puedo decirle a Ud. sino que nací en Italia, de una familia que está en buena posición; mi Padre fue médico, como Ud. (*Hace señas como chúpate esa*). Un joven de la aristocracia, médico como Ud.

Gilbertín: Chúpate esta otra.

Laura: Del que me enamoré ciegamente, se burló de mí; me abandonó, y en la casa de la que fue mi costurera tuve que refugiarme. La gente que frecuentaba esa casa era de lo más perdido que puede Ud. imaginarse: allí conocí a una mujer que, engañándome con promesas de una vida honrada, me mando a esta ciudad en la que he sido escarnecida hasta el grado de depravación en que me encuentra (*Se arrodilla.*) A Ud. pido por Dios y por lo más sagrado que me saque de aquí y me ponga de criada, de esclava, de cualquier cosa, de ... (*Se tapa la cara para reír.*)

Luisa, Grethe y Gilbertín: (*burlándose*) Ay!

Tante Buhr: Já, Já, Já, Puerca, icínica!

Eisenbarth: Lo procuraré hija, Ud. saldrá de aquí.

Escribiente: ¡Pobre mujer!

Tante Buhr: ¡Qué pobre mujer!, pobre mujer! ¡Es una ladrona! Van ya más de tres robos que comete en estos meses.

Lina: ¿y el reloj del chaparro Kohn?

Gilbertín: ¿y la cartera de Juan?

Tante Buhr: Créala, créala, llévesela Ud. y lo dejara hasta sin escribiente.
(*Risas, Laura se retira, haciendo señas de amenaza*).

Una criada: (*Entrando por el foro*) Que ya viene en seguida la Señorita Herta Werner.

Tante Buhr: Hace una hora que debió haber venido. ¿Qué está haciendo?

La criada: ¡Escribe!

Luisa: ¡Despacha su correspondencia particular!

Grethe: De fijo que prepara un buen sablazo a algún Príncipe Negro.

Tante Buhr: ¡Miren como se ha puesto Gilbertín!

Gilbertín: ¿Y a mí que me importa?

Tante Buhr: ¡Mas de lo que debieras, estúpido!

Lisa: ¿Y para el caso que te hace?

Grethe: ¿Ya se te olvidó la bofetada del martes?

Luisa: ¿Y el botellazo cuando quisiste reñirla?

Gilbertín: ¿Se me haya olvidado o no, a ti qué?

Luisa: ¡Caramba con el mequetrefe este! (*Hablan a un tiempo, aparece Herta en la puerta de su cuarto, y poco a poco da vuelta por el corredor del fondo hasta entrar por el foro*)

Eisenbarth: (*Interrumpiéndose*) Yo les suplico....

Tante Buhr: (*Que sigue comiendo*) No hago Ud. caso, siempre están igual, como está enamorada de él.... (*siguen todos gritando*) ... Cinco marcos de multa (*todos callan.*)

ESCENA IV

Luisa: (*Entra Herta de traje negro, luto riguroso*) Ufff! de negro.

Grethe: De luto riguroso, ¡la quiere pasa de viuda! (*todos la miran con ironía.*)

Tante Buhr: Lo negro es de mal agüero: algo nos trae.

Herta: (*Desde la puerta.*) ¿Quién me llama?

Eisenbarth: Yo, señora, para suplicarle que me diga (*Luisa y Grethe hacen señas a Gilbertín referente a Herta, las demás murmullan.*)

Herta: Ya se, ya. Tante Buhr me ha mandado a decir algo, y por la prensa me he enterado del asunto que lo trae a Ud. aquí.

Luisa: (*Con Burla.*) Aquí recibimos todos los periódicos y leemos hasta donde dice continua....

Grethe: Pero a veces aun a pesar de eso, no siempre continua; ¿se acuerdan Uds. del asunto de la mesa redonda? En lo mejor decía continua con el Conde de Eulenburg y nada... se acabó...

Gilbertín: Viva Harden, ¡viva la prensa honrada, libre, sin subvención!!

Herta: Me simpatiza la idea, ya lo creo; no solo me simpatiza, sino que la admiro.

Luisa: (*En voz alta, diciendo por Herta.*) no sea Ud. adulatora Tante Buhr.

Herta: (*Hace un gesto de desprecio y sigue hablando con Eisenbarth*) Si Señor.... Moralizador... moralizar... Ahí tienen Uds. que trabajar mucho; pero aun cuando sea poco lo que consigan, significara mucho en realidad. Con un ser que se logre....

Luisa: Oye, Grethe, (*todo por Herta*) ¿qué harías tu si tuvieras una hija?

Herta: (*Va a levantarse a contestar, pero se contiene, se queda muy nerviosa.*) Vaya, vaya, pues estoy a sus órdenes.

Eisenbarth: Desearía que me dijera por qué motivo vino Ud. a caer en esta casa, si es la primera de ella que frecuenta o en las que haya sido. (*Todos se acercan de puntillas menos Gilbertín.*)

Herta: Pues (*Al volver la cara ve a todas las demás y dice a Eisenbarth*) Haga Ud. que se retire esta gente.

Luisa: Otras melindrosa.

Grethe: Que barata anda ahora la vergüenza.

Gilbertín: (*Sin poderse contener.*) y la lengua.

Grethe: Esa, según el precio que cada quien le da, Herta la compre muy cara.

Luisa: ¡Es natural! Tiene que buscar un padre postizo a su niña y tal vez el señor... (*Todos ríen.*)

Herta: Ea, se acabó, ¡Canalla! ¡No sé cómo no te estrangulo, sucia, Canalla...!

Luisa: (*Riendo*) ¿A mí? ¿Por qué?

Herta: Porque pones en tu inmunda boca al ángel de mi vida. Porque lo ofendes de solo nombrarlo, óyelo bien; con que solo su nombre pase por tus labios infectos.... Y por los de cualquiera de Uds.

Laura: (*A Luisa*) Lávate la boca, mujer, para que no ensucies ese armiño, al que no ensucia esa (por Herta) con sus besos.

Herta: ¡Oh! (*baja los ojos.*)

Luisa: Es que ella lo va acostumbrando para cuando los reciba.

Eisenbarth: Basta ya, señoras, ¡basta ya!

Tante Buhr: (A Eisenbarth y comiendo, lo que no ha dejado de hacer.)
¡Déjelas Ud., que así se distraen!

Luisa: Cá! Si reserva a la niña para un príncipe, que cuando ella esté vieja la mantenga, ¿pero cómo? ¡Ji, ji!

Herta: ¡Maldita sea tu boca! (*Se tira sobre Luisa, esta coge una silla, Grethe una botella y la esperan. Todos se interponen. Gran algarabía. Nadie se entiende. Se llevan a Luisa entre Grethe y Laura y las sigue.*)

Tante Buhr: Vamos, cálmese.

Grethe: Déjelas que se peguen.

Luisa: (*Repite hasta el fin.*) Acércate. Ven, anda.

Herta: (*A quien han detenido Gilbertín y Eisenbarth*) ¡Maldita!
(*Escupe.*) ¡Maldita! ¡Maldita! (*Escupe.*)

Eisenbarth: ¡Conténgase Ud.!

Gilbertín: ¡No merece la pena esa canalla!

Laura: ¡Vámonos, vámonos!

Tante Buhr: ¡Si! ¡Adentro, adentro!

Luisa: Ya te encontraré sola; ya veré a la rapaza del colegio.

Grethe: Yo también la encontraré.

Laura: Anda, ven, isígueme!

Herta: ¡Malditas! ¡Malditas! (*Siguen hablando hasta que se pierden las voces escandalosas de las que se han ido. Entonces Herta no puede más y casi se desmaya. Eisenbarth y Gilbertín la sientan.*)

Gilbertín: ¡Agua! ¡Agua! (*corre a la derecha.*)

Eisenbarth: Vamos, señorita, señora, icálmese!

Herta: Si ... Señor... es que.... Ud. no ha oído... Ud. ha visto.... (*casi no puede hablar, tiene la voz seca.*)

Gilbertín: (*Saliendo con un vaso de agua*) beba.... Beba Herta.

Herta: Gracias (*bebe a sorbos*) (*pausa.*)

Gilbertín: ¿Ya te sientes bien?

Herta: Si.

Eisenbarth: Se acaloro Ud. demasiado.

Herta: pero ha oído Ud. lo que me ha dicho esa.

Gilbertín: ¡Es un demonio!

Herta: (*En voz llorosa*) Me ha ofendido en lo más hondo, en lo único sagrado para mí... ¡En mi hija!

Eisenbarth: Si, pero....

Herta: Pero Ud. sabe lo que es una hija. ¿Ud. sabe lo que es para mí esa criatura? Es mi cielo, mi gloria, mi vida. ¡Por la que estoy aquí! Por la que daría mi sangre toda... Es mi hija, mi hija. ¿Comprende Ud.? (*Ya muy afligida.*)

Eisenbarth: ¡Comprendo! ¡Comprendo!

Herta: ¡Pues que no me la toquen, no me la manchen! Mire Ud. yo vivía... *(Reparando en que Gilbertín hace ademán de irse y se dirige a él.)* No, itú no te vayas! Tú puedes oírme, tú no eres tan malo.... Por lo menos para mí. *(Gilbertín se sienta cerca del piano.)* Yo vivía... en una casa como esta, porque con excepción de aquella en que nació mi hija, estas han sido las únicas que he tenido desde que me saco mi madrina del colegio, del que ... del que le mandaron decir ... o se la lleva Ud. a Herta o la echamos a la calle *(como rechazando ese pensamiento)*. Bueno, pues una vez en aquella casa de que le hablo a Ud. se suscitó una cuestión muy parecida a la que acaba de suceder. Yo estaba muy joven y era la preferida del establecimiento, además, tenía un carácter intolerable, no soportaba ni una mirada. Pues bien, de aquella riña resulto una tal Flora herida gravemente y yo en la cárcel. Ella sanó al poco tiempo y yo fui puesta en libertad, gracias al jefe de la prisión que me protegió en todo y el cual fue más tarde el padre de mi hija.

Eisenbarth: ¡Ah! ¡Y desde que salió Ud. de la cárcel la desamparo!

Herta: ¡No, señor! Todo lo contrario. Me puso un pisito muy mono. Iba a verme a menudo y atendió liberalmente a los gastos de mi enfermedad. Después me daba más y más... cuanto yo le pedía.

Eisenbarth: ¿Por qué entonces no ha seguido Ud. con él?

Herta: Murió.

Eisenbarth: ¡Ah!

Herta: Si, señor. ¡Ah! Pero no vaya Ud. a creer que me di por vencida en el acto. ¡No! Luche mucho, mucho, mucho. Comencé por vender todo lo que tenía, después cosí; más tarde entre a

servir. Pedí limosna... robé... y, por último, vine a llamar a las puertas de esta casa, en la que nunca hubiera penetrado, por amor a mi niña, a mi angelito, porque desde el primer instante en que me sentí madre, cambie de carácter por completo. Lloré mucho, mucho, yo que no sabía más que reír, y sobre todo comencé a pensar. Me pasaba las horas sentada en mi sillón considerando el estado en que me encontraba; desde que nació mi hija, pensé más, hacia historias, me figuraba el porvenir y, una angustia indecible sacudía mi pecho, y siempre terminaban mis sueños con la maldición de mi hija, de aquel cuerpecito que yo cubría de besos por ser carne de feria; ya que aquella existencia de la que dependía la mía, finalizaba en un hospital y yo me desesperaba, iba como una loca de un cuarto a otro, azotando mi cabeza contra las paredes, hasta que al ruido de los golpes la despertaba y entonces su sonrisa, su divina sonrisa, devolvía a mi espíritu la esperanza y la alegría; la besaba sí... y besaba a mi hija con tanta devoción, con tanta ternura, como si en ella besara al fruto de María, al niño Jesús y este ungiera mis parpados de madre desolada con sus caricias de hijo amoroso, hijo que con su inmenso amor todo lo absuelve y purifica; todo lo perdona, todo, desde la impunidad de la fiera, hasta la depravación de la mujer, cuando una y otra acarician a su cría, cuando las contempla madres (*pausa.*)

Eisenbarth: Siga Ud.....

Herta: Mientras más crecía la niña, mayores eran mis angustias. Cada vez que me decía "Mamá" surgía en mi imaginación la idea de que algún día llegaría a maldecir este nombre, como yo he maldecido el de mi madrina; único ser que he visto junto a mí, pues mi madre murió al darme a luz y esa mujer a quien me dejo encomendada, fue la que me perdió, la que me hundió en el cieno, la que me hizo llegar a todo lo que he sido, a lo que soy.

Eisenbarth: ¿Y ella que hacía?

Herta: Lo que yo hago ahora.

Eisenbarth: ¿Y su madre de Ud.?

Herta: ¡Era compañera de mi madrina!

Eisenbarth: ¡Ah!

Herta: Esta me puso en un colegio muy bueno, muy bueno, pero yo he tenido siempre malos instintos... ignoro la causa; solo sé que muchas veces he pensado hacer algo bueno y siempre me ha resultado al revés. No cae duda, algo hay en mi ser, que me inclina al mal; tal vez la sangre de mi madre, que me incita, que me domina, que me subyuga. Un arranque de estos, unido a las faltas anteriores, hizo que me quisieran echar del plantel, donde mi madrina me tenía, sin conocerme casi, porque en catorce años apenas si me visito tres veces, y eso, de chica. Así quedo de asombrada, cuando fue por mí y me vio hecha una mujer bonita, muy bonita, porque lo era entonces. ¿Más de que me valió? Me puso en una casa... de ramo de perdición, porque a los cinco días me rifo entre varios caballeros, que comenzaron por inspirarme miedo y concluyeron por provocarme risa; me precipitaron en el vicio. Me embriagaron por varios días y

Gilbertín: ¡Infames!

Eisenbarth: ¿Y no le dejo a Ud. nada el padre de su hija?

Herta: No, señor, nada. Murió de repente y su esposa se quedó con todo.

Eisenbarth: Era natural.

Herta: Lo comprendo, aunque esa mujer haya sido peor que yo; pero yo por mi hija me creía con derechos también y acudí a un

abogado para que los hiciera valer. Este señor fue quien se quedó con los muebles de mi casa, por cuenta de sus gastos, el día que me dijo que habíamos perdido el pleito. Entonces fue cuando empecé a ganarme la vida bordando y cosiendo, aprovechando lo que aprendí en el colegio, lo que no duro mucho, porque en ninguna parte me admitían con la niña. La deje en una de esas casas donde cuidan a los hijos de los pobres, mientras estos se van a trabajar y por la noche me la entregaron casi muerta por un golpe que se dio por descuido de la cuidadora. ¡Son tan pocas mujeres para tanta criatura! En fin, una tarde en que mi angelito de hambre se había dormido entre mis brazos, después de haberme andado lo indecible, inconscientemente fui siguiendo a una señora muy elegante que llevaba una bolsa grande, muy repleta. Al paso de un automóvil se despertó mi hija, fijo sus ojitos en los míos y con débil y temblorosa voz y con aquellas medias palabras de los niños de su edad, me dijo: "¿Meno mamá, hoy no me compras pan?" No sé lo que sentí, se me hundió el piso, quise andar y no pude, solamente escuchaba las frases de aquella inocente que repetía: "Teno hame, mamacita, teno hame." Cegué un momento y cuando pude ver, lo primero que se puso ante la vista, fue el bolsillo de la señora elegante, bolsa que rápidamente arranqué de sus manos, echando a correr como sino llevase nada entre los brazos y sin sentir la debilidad propia de mi estado. Oí pitos, silbidos, pasos precipitados detrás de mí, muchas palabras.... Luego nada. Lo que, si me acuerdo, es que le compre pan a mi hija y que ella me dijo "No llores, mamaíta, come, come", y me daba las miguitas de pan que devoraba. (*Pausa, durante la cual llora amargamente*).

Eisenbarth: Cálmese, señora, se lo ruego.

Herta: No, si es que el recordarlo.... En fin, señor. Tengo esa niña en el colegio.... Pues desde que entre aquí la he dejado en esa casa para que me la eduquen bien. Yo voy a verla 2 veces por semana y paso por modista, por una modista viuda que

trabaja mucho para sostener su educación. Pero Ud. comprende que esto no puede seguir por mucho tiempo. Cuando sea más grande, cuando se case, no faltara quien le diga quien soy, lo que he hecho y llegaran a realizarse mis preocupaciones, es decir, llegara a maldecirme, a mí, que prefiero mil veces la muerte que su desprecio. (*Pensando.*) Señor, ayúdeme Ud. tome, tome esto. (*le da un rollo de billetes de Banco.*)

Eisenbarth: ¿Qué es esto?

Herta: Son 5.000 marcos: los que he reunido con grandes sacrificios. Se los entrego a Ud. para que los haga llegar a la sociedad moralizadora, con esta carta; (*le da una carta*) fue lo que escribí y por lo que no llegue al principio... cuiden de mi hija... pues ya estoy resuelta, pienso hacer un viaje, este es mi traje de viaje, es para el caso él más a propósito.

Eisenbarth: Pero Señora...

Herta: Se lo ruego, Señor. La sociedad dirá a mi pobre Marta, desde que yo me vaya para este viaje, es decir... desde mañana (*movimiento de asombro*) porque mañana salgo, que he muerto y así viviré siempre en su recuerdo como una mártir, como una pobre madre que desapareció víctima de una terrible enfermedad y aunque llegue a saber lo que he sido, bendecirá mi memoria, rogara a Dios por mí, me perdonara.

Eisenbarth: Pero....

Herta: Adiós, Señor (*va haciendo mutis.*) Si tiene Ud. hijos, en ellos recibirá el premio de esta acción, ¡adiós! (*Se le ve pasar corriendo por el corredor de enfrente y entrar a su cuarto. A poco sale y lanza un grito. Al oírse este, se produce la alarma. Todas las mujeres de la casa y Gilbertín van hacia el corredor y se escuchan voces, gritos, llantos. Los criados van de un lado para el otro, procurando que todo esto siga*

hasta que caiga el telón. Únicamente Eisenbarth y el escribiente se quedan en su sitio y desde el observan.)

Eisenbarth: *(Después de una pequeña pausa, en que piensa lo que va a decir al escribiente que se le ha quedado mirando. Lucha un momento consigo sin saber qué hacer. Se vera asomada la codicia en el rostro. De pronto y al tropezar su vista con la de Gilbertín.)* Haga Ud. constar todo esto. *(Suspira y se guarda la carta. En este momento se ve salir a Herta, dar el grito y caer en el corredor del último término, Gilbertín corre hacia ella. Gran confusión.)*

Eisenbarth: ¡Eh! ¿Qué ha sido eso?

Escribiente: *(Levantándose y mirando al fondo)* Un grito horrible.

Eisenbarth: Si, ¿qué hará ocurrido? *(Van llegando todos a donde esta Herta. El primero es Gilbertín. Van diciendo:)* "Que pasa? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué atrocidad? ¿Ha sido un ataque? ¿Un suicidio? ¡Qué horror! ¡Pobre Herta!" *(Esto deberá oírse muy bien en el público.)*

Escribiente: ¿Si quiere Ud. que vayamos?

Eisenbarth: No, ahora lo sabremos. *(Escuchan hasta la frase "Herta".)* Parece que han dicho la frase "Herta".

Escribiente: ¡Si Herta! *(sigue la confusión).*

Eisenbarth: Ya se, creo que así se llama la mujer que acaba de irse.

Escribiente: *(Dando una vuelta a la hoja del escrito que ha estado llenando)* Cierto! Herta Worner. ¿Estará enferma?

Eisenbarth: Viaje que anuncio. *(Se escuchan palabras de "Agua", "Aceite", "Un médico, un médico." "Que venga el comisario" "Se ha envenenado" "Pronto el aceite", "avisen a la policía.")*

Eisenbarth: (*Al escribiente*) ¿Oye Ud.?

Escribiente: Todo, si Señor.

Eisenbarth: (*La criada para azoradísima por el corredor de delante de la sala de la derecha y va a irse por la izquierda.*) ¿Pero qué ha sucedido?

Criada: ¡Que la niña Herta se ha envenenado!

Eisenbarth: ¿La que acaba de estar aquí?

Criada: Si Señor, la misma. – Voy por un médico. (Desaparece.)

Eisenbarth: El viaje, ese viaje que dijo....

Mamá B.: (*Desde el corredor del fondo y dirigiéndose a la criada que figura que esté en el patio con la voz quejumbrosa.*) Ya no avises más que a la policía, imbécil ¡Ya creo que se murió!

Eisenbarth: (*Con intención.*) ¡Muerta!

Escribiente: (*Con Asombro.*) ¡Muerta!

Eisenbarth: (*Al escribiente*) Que había Ud. Puesto?

Escribiente: (*Como Atolondrado*) Lo que... en ...

Eisenbarth: Si, léame las últimas palabras escritas.

Escribiente: (*Sin comprender y confuso.*) Esta mujer entrego al Sr. Eisenbarth una carta y...

Eisenbarth: (*Saca la carta precipitadamente y lee muy deprisa. Al terminar respira y dice al escribiente que no ha dejado de mirar hacia el fondo.*) Continúe, recomendó a su hija. (*El escribiente escribe.*) Con eso se despidió y pocos momentos

después supimos que se había envenenado, muriendo en el acto.- Doy fé.

Escribiente: (*Con naturalidad.*) Pero falta consignar lo de

Eisenbarth: (*Interrumpiéndole.*) ¡No falta nada!

Escribiente: (*Insistiéndole.*) Lo de los 5.000

Eisenbarth: (*Dándole un billete de los que le dio Herta, y con gran intención.*) ¡Repito que no falta nada!

Escribiente: (*Sin tomar el billete.*) Pero es que....

Eisenbarth: (*Obligándole a que tome el dinero.*) Tome Ud. son gajes del oficio.

Escribiente: ¡No, del oportuno! (*Guardándose el dinero y encogiéndose de hombros.*) ¡Bueno! ¡Moralicémonos! Que es el objeto casi siempre de sociedades análogas presididas por damas y caballeros aristocráticos.

TELON



ACTO II

ESCENA I

Gran Sala muy recargada de adornos, cuadros, cortinajes y jarrones con flores, albortantes en las esquinas y candil en el centro: dos puertas al fondo que conducen, la de la derecha a la calle y la de la izquierda al comedor, el cual se verá al abrirse dicha puerta. Este estará elegantemente dispuesto con luces, flores, etc. Mesa con copas y licores.

(En lugar de la sala puede usarse el decorado de un elegante jardín con plantas del país)

Herta hace los honores de la casa; en sillones sentadas están Da. Dolores y Da. Concepción: a su derecha Da. Soledad y D. Guadalupe; a la izquierda D. Pomposo (coronel retirado) D. Isidro, rico español: Da. Guadalupe, mexicana pura y poco inteligente, Pablo y Virginia, dos artistas cursis; el poeta, ella música; Alberto y Ricardo periodistas.

Herta: *(A Virginia)*, Le parece a Ud. fuerte?

Virginia: Como tengo un paladar tan delicado, no puedo con ciertas bebidas.

Herta: Le mandaré traer a usted otra cosa.

Virginia: No, no se moleste.

Ricardo: Pues yo la he encontrado demasiado dulce.

Virginia: ¡Ah! Porque Uds. ya tienen la garganta impermeable, ese es el motivo del constante disgusto con mi primo Pablo; se desgarran las entrañas con ajeno: ¡bien es verdad que esa bebida es la de los poetas!

Herta: ¿Luego entonces no quiere usted nada?

Virginia: No, por ahora no: (*Herta se va al lado de las señoras, Ricardo sigue haciendo monadas a la Virginia.*)

D. Pomposo: (*A D. Guadalupe y D. Isidro.*) Eso han dado en decir ahora, pero créanme Uds., señores, el arte de la guerra ha degenerado: hoy el valor se mide por lo que alcanza la bala de un cañón; antes se peleaba pecho a pecho; hombre a hombre, se revolcaba el contendiente en la sangre de su enemigo; hoy tiene que descubrirse a este enemigo; hoy tiene que descubrirse a este con la ayuda de un anteojo y dirigir la batalla calculando enormes distancias: ¿dispara Ud. aquí, y llega el proyectil hasta la gran muralla de la China? ¿No vieron Uds. lo que paso en la reciente guerra Madero-Porfirista? Pues llegaron las balas hasta los Estados Unidos; si, señor, hasta los Estados Unidos.

D. Guadalupe: Opino como Ud.; mis antepasados, los aztecas, porque yo tengo la gloria de descender de un caballero tigre, y mis pergaminos o códices.... Y hasta el escudo de mi casa, que guardo en un cofrecillo de oro, dicen que era en el que tenía sus alhajas la Malinche, aquella mujer amante de Hernán Cortes, e íntima amiga de la madre de mi padrino de bautismo, del caballero aquel, que fue uno de los predilectos de Moctezuma y del cual vengo en rama directa; ese árbol coronel-lógico.... general-lógico, corresponde a mi padre, cuyo tronco....

D. Isidro: Bueno, hombre, bueno, ya se va Ud. por los cerros de Úbeda; ya nos ha contado eso del tronco y de la rama muchas veces; al grano, ¡al grano!

D. Guadalupe: No puede Ud. negar que es comerciante y descende de los conquistadores.

D. Isidro: Eso no tiene que ver con lo de....

D. Pomposo: Ya van Uds. a empezar con la eterna disputa?

Da. Conchita: Y Ud., Hertita, ¿en los años que está aquí, nunca fue Ud. a la capital? Mi marido nunca ha querido llevarme y dicen que es muy bonita.

Herta: Si, Conchita, y cuando hace dos años vendió Eduardo la mina "Esperanza" y se ganó doscientos mil pesos, me llevo allá, vivimos en San Ángel-In, ¡que hermoso! Al ver las colonias de Roma y Juárez de México y el bosque de Chapultepec, me pareció estar de nuevo en Alemania.

Conchita: ¿Y eso de San Ángel qué es?

Herta: Un pueblo foráneo de la capital; anterior a él existe otro que es un jardín de flores: Mixcoac.

D. Guadalupe: ¿Mixcoac ha dicho Ud.? Precisamente en lengua azteca quiere decir jardín de flores.

Alberto: ¡Plancha! Xochimilco es jardín de flores; Mixcoac quiere decir otra cosa.

D. Guadalupe: ¿Ud. que sabe?

Herta: Hay muchos paisanos míos en ese pueblecito de Mixcoac; al pasar por el tren se ve un chalet grande; parece una jaula de pájaros; ¡qué jardín tan hermoso!

Alberto: Como que el dueño trabajo con los científicos; así es fácil hacer jardines.

Ricardo: ¿Y dicen que ese pueblo es la antítesis de Venecia?

Alberto: ¡Claro! ¿Cómo no tiene agua? Si la tenía acaparada aun para regar sus lechugas; (*pero ya la tendrá, aunque sea en caños de Madero.*)

Ricardo: Si, con tal de que no los rompan en la noche de reyes.

D. Pomposo: Y para qué quieren agua los alemanes? Cuando lo que apetecen es cerveza.

Herta: No solo cerveza, cada uno de mis paisanos pide cerveza, choucroute, salchicha y una condecoración, amén de un consulado; no conciben la vida sin ser Cónsul: su delicia suprema es cuando en Alemania le digan Herr Cónsul... lo mismo les pasa con las condecoraciones; los hay quienes gestionan vidas enteras para lograr la de la corona de Prusia, quinta clase, vulgo Hausknegt orden.

Alberto: No diga Ud., ¡aquí somos iguales! Si las potencias extranjeras siguen concediendo cruces, medallas y cordones como hasta aquí tendrán que pedir a la Cámara sesiones extraordinarias para conceder el permiso constitucional que les permita su uso y en Europa va a escasear la hoja de lata para fabricar tanta cháchara. En fin, ¡juguetes para niños adultos!

Ricardo: ¡Vivan las Repúblicas democráticas!

Alberto: ¡Si este país es de importación! Hace poco tiempo era casi un delito ser mexicano. Profesores con miles y miles de pesos eran traídos para enseñar en la escuela de altos estudios, sin más mérito que ser extranjero.

Ricardo: Mientras tanto los pobres indios sin saber leer, ni escribir; pero ya se ve, nadie es profeta en su tierra; ahí tienes el ejemplo de Zúñiga y Miranda.

Alberto: ¡Como!, ¿no sabe leer ni escribir?

Ricardo: No; no fue profeta en su tierra.

D. Guadalupe: ¡Cosas humanas, cosas humanas! Cada uno tiene su lado flaco; ¿no es así, D. Isidro? Ud. quiere un empeño, otro una cantina, aquel....

ESCENA II

La criada: Señora Herta; el señor Obispo (*Todos se paran, entra el Obispo con dos familiares.*)

Herta: Bienvenido; ¿qué tal ha estado Ud.?

Obispo: Bien, gracias, gracias, hija mía, ¿y Ud.? buena, ivaya, vaya! Cuanto me alegro.

Herta: Tome Ud. Asiento (*el Obispo se sienta en un sillón grande y cómodo*)

Obispo: (*dirigiéndose a los familiares*) Hermanos siéntense.

Los Familiares: Gracias (*se sientan cerca de la puerta; la criada trae una botella de vino.*)

Herta: Sr. Obispo: el vino que le gusta a Ud.

Obispo: Sabroso, sabrosísimo, hija (*Herta le sirve una copa, mientras toma el Obispo, Alberto se acerca y ve la marca.*)

Alberto: ¡Ah! Del Rhin Liebfranmilch.... ¿Y Ud. sabe señor, como se traduce en español?

Obispo: a ver, veamos (*toma la botella.*) Ese alemán, idioma difícil; parece lengua de perros; estas palabras son compuestas; "Lieb" es "amada"; "frau" quiere decir "mujer", y "milk" ... no lo sé... se parece al inglés "milk" (*como comprende que quiere decir "leche de la mujer amada", hace la señal de la cruz y dice:*) ¡Ave María Purísima! (*Todos ríen, Herta ha reparado en que a los familiares no les han servido nada.*)

Herta: (*A los familiares.*) ¿Pero Uds. no toman nada?

Familiar 1º: ¿Yo? ¿Si el Sr. Obispo me lo permite? (*El Obispo hace una señal de asentimiento.*)

Herta: ¿Y Ud.?

Familiar 2º: Yo... si el Sr. Obispo me lo permite... (*Señal igual.*)

Herta: ¿Qué desean tomar?

Familiar 1º: Media copita de agua y dos galletas, si el Sr. Obispo lo aprueba.

Herta: ¿Y Ud.?

Familiar 2º: Dos galletas y media copita de agua, si así lo aprueba el Sr. Obispo (*seña del Obispo.*)

Herta: Pero... ¿agua sola? Le echaré un poquito de vino.

Familiar 1º: ¡Eso es malo!

Familiar 2º: ¡Malo es eso!

Herta: El Sr. Obispo no se opone ¿verdad? (*al Obispo.*)

Obispo: (*Siguiendo la conversación que tiene con la señora de la izquierda.*) Al contrario.

Herta: ¿Lo ven ustedes?

Familiar 1º: ¡Bueno!

Familiar 2º: ¡Bueno! (*Hace mutis Herta por el foro izquierdo y luego sale seguida de un mozo que en una charola trae dos copas y en un platillo galletas.*)

Alberto: (*A Dª. Soledad.*) A los poetas antiguos se les llama buenos porque no hubo otros mejores en su época, pero no dejan de ser medianejos; ¿y los modernos?

Pablo: (*A Alberto*) Nada, viejo, convéncete, ni Rubén Darío, ni Lugones, ni Marquina, ni Santos Chocano saben siquiera el castellano; han olvidado por completo la sintaxis; de prosodia no hablemos; porque esa parte de la gramática les es desconocida; de analogía... La analogía es un mito; en sus composiciones, empiezan a contar la historia de dos camellos y acaban la composición tratando de convencerte de que el lirio es carnívoro, y que dos tórtolas languidescentemente aeroplanean por las nubes.

Alberto: ¿Y la Ortografía?

Pablo: Hombre, no puedo decirte tanto porque no he visto sus originales; pero seguro que no escriben cabeza con K y cupido con Q.

Alberto: Pues oye, lo que yo sé decirte es que no sé cómo te atreves tú a censurar a esos divinos poetas, cuando tú sí que no conoces la gramática, ni has oído hablar de ella. He visto tus escritos, los que has mandado a mi periódico, y si es verdad que no había en ellos ninguna cabeza con k ni Cupido con Q, estaba cada haber sin H, y cada hoy LL, que no sé cómo no te acuse de injurias...

Pablo: como las H son mudas... culpa al lenguaje.

Alberto: pero que un literato... digo literato, porque así lo pones en tus tarjetas, diga esos desatinos....

Pablo: Los poetas estamos exentos de esas cosas, sobre todo los bohemios como yo.

Alberto: No insultes a la Bohemia, tú, ibohemio! De lo que menos debían estar exentos los poetas como tú es de un bozal. (*Siguen discutiendo.*)

Obispo: Vaya, ¿A que no adivinan Uds. a quien creí ver desde mi carruaje en la acera de enfrente cuando llegaba?

D^a Soledad: ¿A quién, ilustrísimo señor?

Obispo: Pues a Laurita; pero después pensé que debí haberla equivocado, pues no puede estar aquí.

D^a Soledad: ¡Por Dios, Sr. Obispo! ¿Esa mujer tan pervertida?

Obispo: Por lo mismo; se ha descarriado de manera tan fatal, que se ha vuelto un ser despreciable, por eso, me acuerdo más de ella y la encomiendo al divino Señor, para que la haga volver sobre sus pasos.

Virginia: ¿Y en dónde estará ahora?

D^a Concepción: ¿Quién puede saberlo?

D^a Soledad: Donde haya vicio, donde haya perdición, donde haya pecado, allí estará ella.

D^a Concepción: Pobrecita muchacha; Uds. dirán lo que quieran; pero a mí me pasa lo que al Sr. Obispo; cada vez que me acuerdo de ella, me entristezco y rezo a la Virgen por su salvación.

Alberto: Hace poco decían que estaba en México.

D^a Concepción: ¿Qué tal? Allí es el foco de la perdición porque... ¿Qué puede hacer en la Capital una chiquilla de 19 años, sola, pobre, desamparada y sin parientes?

D^a Soledad: Y con las inclinaciones de ella; porque era coqueta desde que llevaba vestido alto.

D^a Concepción: ¡Encenegarse!

D^a Soledad: ¡Revolcarse!

D^a Concepción: ¡Suicidarse!

Obispo: ¡Basta ya, por favor! No saben el daño que me hacen esas palabras.

D^a Guadalupe: Y a mí. Todos sabemos que clase de vida llevo aquí y por ella sacamos en consecuencia la que llevara ahora; pero... más vale callar porque es una víbora, un animal ponzoñoso; ya no tiene remedio, y es natural que así sea; acuérdense Uds. de D^a Purita, su mamá: las cosas llegaron a tal grado, que la gente decente no la podíamos visitar.

Obispo: Es cierto, ¿EGO SUM DOMINUS DEUS TUUS FORTIS ZELOTES? VISITANS INIQUITATEM PATREM, ET FILIUS USQUE IN TERTIAN GENERATIONEM EORUM QUI ODERUNT ME. Los pecados de los padres, caen sobre los hijos, hasta la cuarta y quinta generación.

Herta: (*Volviéndose de frente*) ¿Pero, puede ser esto?

Obispo: ¿Cómo que, si puede ser, hija mía? ¡Es Inevitable! Fatalmente, irremisible, sin remedio.

Herta: ¿Es decir, que un ser tiene que expiar sus faltas y las de sus antepasados, es decir, que un inocente que viene al mundo sin solicitarlo, es el predestinado a repetir los crímenes y soportar los castigos que por sus faltas hayan merecido sus padres? ¿Y cuándo estos lo han cometido por hambre?

D^a Soledad: También.

Obispo: Por nada tiene el derecho de pecar.

Herta: Buen señor, pero ¿Qué cosa es el pecado?

Obispo: Todo aquello que se comete en contra de Dios, es decir, en contra de sus divinas leyes.

Herta: Y Dios que todo lo ve, Dios que es la suprema misericordia y bondad, él, El todopoderoso, ¿no lo evita? (*Movimiento General*).

D^a. Guadalupe: Muy bien dicho, ¿Qué tal la alemancita?

D^a Soledad: ¡Jesús Hertita!

D^a Concepción: Pero ¿qué dice Ud.?

D. Pomposo: ¡Hombre, hombre, hombre!

D. Isidro: (*Al público*) Ja, ja, ja, esta estaría buena para mujer de Canalejas.

Obispo: ¡Doña Hertita, por la virgen santísima!

D. Ricardo: (*Al Público*) ¡Ya metió la pata!

Herta: Perdonen Uds., perdónenme y permitan que termine, Es que yo Es que yo he sido testigo de un caso tan triste, tan desesperante, tan desgarrador....

Obispo: ¡A ver, cuente, cuente Ud.!

Herta: Se trata de una madre también, de una pobre madre, que por haberla abandonado su marido tuvo que llegar hasta lo más ruin, hasta lo más infecto.

D^a Soledad: ¿Y por qué no trabajo?

Herta: Porque no la admitían con su hijita en casa de almas caritativas, que solo a ella necesitaban.

D^a Concepción: Entonces, ¿Por qué no busco donde dejar encargada a su hijita?

Herta: Lo hizo. Pero una noche que fue a recogerla la encontró herida, por descuido de la que tenía que cuidarla.

D^a Soledad: Pues hubiera metido a su hija a la cuna, ya que tanto le estorbaba (*todos asientan estas palabras*).

Herta: (*En unos momentos de angustia.*) ¿Uds. han tenido hijos?

D^a Soledad: No, gracias a Dios.

Herta: (*Con risa irónica*) ¡Ah! Por eso piensan así. ¡Dejarla en la cuna!... ¡Dejarla en la cuna! ... ¡No volver a ver su carita! No sentir sus caricias angelicales, no besarla ni verla crecer, no llorar y enloquecerse al verla enfermita.... Por Dios, D^a Soledad, ni las fieras ¿Verdad señor Obispo? ¡Ni las fieras! Porque si estas buscaran lugar apropiado para dejar a sus crías, después de tenerlas.... ¡Sería para maldecir a la madre naturaleza! (*Movimiento general de horror*) Pero esto no hace al caso, aquella mujer (*algo turbada*) ... Mi amiga.

D. Ricardo: (*Aparte a Alberto*) ¡Habla de ella!

D. Alberto: (*Aparte a Ricardo*) ¡Lo he notado!

Herta: No tuvo que comer, ni que dar de comer a su inocente hija... y se vendió por un pedazo de pan, para alimentar a aquella criatura (*admiración general.*) Siguió después en ese torbellino de miserias y de vergüenza y cuando vio que su hija era una Srta., cuando comprendió que llegaría a avergonzarse de ella, de la que le había dado la vida; cuando supo que pudo ser disculpada por el amor filial y que este sería un peligro, intento envenenarse.

D. Alberto: ¡Qué cinismo..... que desfachatez!

Ricardo: ¡Oh! ¡Que desahogo!

D^a. Concepción: ¡Qué barbaridad!

D^a. Soledad: Pero esa mujer era un monstruo.

Obispo: El pecado atrae el pecado.

D^a. Guadalupe: ¿Y murió?

Herta: No; cuando se envenenó la tuvieron por muerta, pero a alguien se le ocurrió darle un contraveneno y después de agudos sufrimientos y varios días en el hospital, volvió a la vida. Habían sacado a la niña del colegio donde estaba internada y le costó trabajo averiguar su paradero. A raíz del suicidio frustrado, los reporteros de Hamburgo dieron un gran escándalo aumentando el suceso en sus proporciones y afirmando la muerte de dicha mujer. A consecuencia de ella, cambio de nombre y para borrar su pasado de ignominia se embarcó hacia..... (*turbada mordiéndose el labio*) la Australia.

Alberto: Casi dice México, y entonces la metida de pata habría sido peligrosa.

Herta: Con ese proceder quiso evitar que algún malvado llegara a contar a su hija la historia de la madre. Ahora bien, esa niña, ese ángel ¿pagará las acciones de la madre, aun cuando está viva?

Alberto: (*Aparte*) Gracias a Dios que concluyo con este interrogatorio, porque si continúa la historia hasta el presente....

Obispo: Si es hija del crimen, el crimen la reclamara.

D^a. Soledad: Muy cierto, porque lo lleva en la sangre.

Herta: No, porque se formó de un beso de amor puro, nació de él, no del acaso o de un matrimonio desavenido; fue hija del amor, no del deber, por no decir otra cosa.....

D^a. Concepción: No importa, la madre fue pecadora, La hija pecará.

Herta: Pero si no lo sabe. Si ha sido educada en un medio virtuoso, moral, honrado.

D^a. Soledad: ¡¡Pecará!!

D^a. Concepción: ¡¡Pecará!!

D^a. Guadalupe: Asimismo fue Laurita y ya ve Ud. si peco.

Herta: (Casi llorando) Pero si Dios no puede permitir estas cosas cuando el delincuente está dispuesto a purgar sus faltas, a sufrir la pena. Él, el Todopoderoso, todo bondad; todo dulzura y misericordia, ¿va a ensañarse con el inocente ser que no ha pecado?

Obispo: Pero Hertita, no la conocía a Ud. por ese lado ¿quiso Ud. mucho a esa amiga?

Herta: ¡No lo sé!

Obispo: ¡Sin duda, hija, Dios hace esto como castigo a los padres! Esa es la primera pena que se les impone. A Dios, que todo lo ve y que lo tiene previsto en sus designios, no debemos discutir sus fallos. Él es el origen del bien, la justicia suprema. Él, tiene el cielo para los buenos, y también el infierno para los malos, y solo a la enseñanza de sus santas escrituras y a los rezos, debemos haber aprendido a ser buenos. Si hay bueno, misericordia, las enseñanzas bíblicas, lo han traído.

Ricardo: (*Que ha escuchado impaciente*)

¡Basta ya! He sido vuestro discípulo cuando fuisteis profesor de filosofía, más perdonad que os contradiga, porque esa filosofía, hoy vieja y estropeada, es hija del miedo.... Si, hija del miedo, y ese fatalismo aterrador ha llenado de sombras un mundo antes batallador, alegre, animoso, impulsado por

un bello ideal de vida y perfección. No; bondad, misericordia, piedad y altruismo no tienen más origen que el progreso. Si un cataclismo hiciera olvidar al hombre lo que ha comprendido, a fuerza de sacrificios y dolores, volvería de nuevo a devorar a su hermano, comerse a su propio hijo, cuando el hambre, el factor quizá más poderoso de la civilización, aterrara a sus entrañas y perturbara las funciones de su cerebro. No hay que resistirse al mal, sino practicar inconscientemente el bien y enseñar sus ventajas por la práctica; creedlo, señor, hay muchos buenos, cobardes, que no tienen el valor de ser malos. ¡Bonita gracia, señor Obispo, los que son buenos por miedo al infierno, o codicia al cielo! No son los rezos los que perfeccionan, es menester conocer y hacer conocer los males y para ello está la tribuna, la prensa y el teatro, y afirmo más, aunque parezca blasfemia, el mundo sería mejor si asistieran más al teatro, que a la iglesia, siempre que en aquel se representen obras morales.

Todos: Señor, señor, ¡no le escuche Ud.!

Obispo: Si, es un sacrilegio, una blasfemia, son las ideas modernas infiltradas ya en la conciencia pública.
Me retiro, me voy..... me voy.... no es posible (hace ademán de irse).

Herta: No se vaya Ud., Señor.

D^a. Guadalupe: (*Dirigiéndose a Ricardo*) Solo nuestras imágenes religiosas salvarán a la humanidad y sobre todo a los condenados. (*Ricardo se retira.*)

D^a. Concepción: Es preciso que nos ocupemos de la bendición de las imágenes, con lo que terminaremos el festejo.

D^a. Soledad: ¡Resultará precioso!

D. Guadalupe: ¡Encantador!

Obispo: Sea como Uds. quieran; yo no tengo más voluntad que la de mis feligreses; pero les advierto que todo eso costara mucho y ya saben que este humilde siervo de Dios es muy pobre y no puede él solo.....

D^a. Soledad: Naturalmente; desde hoy empezaremos a coleccionar.

D^a. Concepción: Aquí mismo podríamos empezar ¿verdad?

D^a. Guadalupe: Pues sí; Herta que es un ángel de Dios, será la primera que encabece la lista.

D^a. Soledad: Y su marido, D. Eduardo, el segundo.

Obispo: Hagan lo que quiera, lo que quieran. (*viendo venir a Herta*)
Estamos conspirando contra Ud.

Herta: (*Acercándose*) ¿Contra mí?

Obispo: Si, pacíficamente, pero conspirando: han resuelto estas señoras hacer un gran festejo en la Iglesia a para pedir a la santísima Virgen que consuele y ayude a todas esas infelices que han quedado en la miseria, con motivo de los últimos temblores, y yo he accedido como Ud. comprenderá, porque para grandes solemnidades en el templo y sobre todo tratándose de los pobres, siempre estoy dispuesto.

Herta: Sí, tiene Ud. mucha razón.

D^a. Soledad ¡Claro!

D^a. Guadalupe: ¡Claro!!

D^a. Concepción: ¡Es natural!

Obispo: Pues bien, para esa función han resuelto hacer los gastos con lo que reúnan en la colecta que ahora van a abrir y que quieren que Ud. encabece.

Herta: Y yo tengo mucho gusto en ello – inscribanme con \$50.00

D^a. Guadalupe: Pensábamos en D. Eduardo para la segunda persona de la lista.

Herta: Desde luego, apúntenlo con \$100.00

Obispo: Si es la caridad misma; ¡qué Dios la bendiga, hija!

D^a. Soledad: Además, solicitamos su permiso para continuar la suscripción entre los aquí reunidos.

Herta: Desde luego y yo misma lo haré.

D^a. Concepción: No; eso sí que no, sería demasiado.

Obispo: Déjenla, déjenla; ella sabe mejor que nadie lo que debe hacer; si es un ángel.

Herta: No diga Ud. eso, señor (*Herta se aleja y habla con una criada que estará en el comedor.*)

D^a. Concepción: ¡Si que es buena!

D^a. Soledad: (*En igual tono*) No en balde se le llama el ángel de la guarda de los pobres. (*El criado sale y da una charola a Herta.*)

D^a. Guadalupe: Es la virtud misma: ¡Qué honesta! Fíjense en su traje siempre severo, siempre digno.

D^a. Concepción: Tan devota y tan católica y eso a pesar de ser alemana y casada con norteamericano; porque estos siempre son luteranos, ateos o masones.

Obispo: Si, si: es un modelo de damas.

Herta: (*Dirigiéndose a todos*) Señores, perdonen que los distraiga, pero acabo de ofrecerme para una comisión que he de desempeñar en el acto. Se trata de hacer una gran función en la Iglesia para que la Santísima Virgen ampare a los desgraciados que se han quedado sin hogar por causa de los últimos temblores: ¿tienen Uds. la bondad de depositar algo para este objeto? Os lo pido en el nombre de estos desamparados.

D. Pomposo: Con muchísimo gusto, Sra. Hertita: ahí va mi obalo.

Alberto: Óbolo, D. Pomposo.

D. Pomposo: Es igual.

D^a. Guadalupe: El mío (*Deposita un billete.*) Este otro lo deposito a nombre del caballero tigre conde de Maguey, mi antecesor, pues si él viviera.... (*sin soltar el billete*) ¡Ah! Si él viviera, de fijo que la clase indígena no sufriría, porque alguna vez que le dijeron que en un pueblo había hambre, fue directamente al emperador Moctezuma.....

D. Isidro: Ponga, hombre, ponga, déjese de historias.

D^a. Guadalupe: (Dejando caer el billete.) Todavía la conquista....
Todavía.

D. Isidro: Todavía no ha podido vender el arroz y el frijol que tengo almacenado: por eso doy tan poco (saca una moneda de a \$0.50 y la deja caer en la charola.)

D^a. Soledad: (Al Obispo) este avaro es el de siempre.

D^a. Concepción: Nada le conmueve.

D^a. Guadalupe: Se le va a volver sal todo su dinero.

Obispo: Déjenlo, déjenlo, que Dios ve muy bien a buenos y a malos y nada se escapa a su divina mirada.

Herta: (*Que ha estado hablando con Alberto y después de haberle sacado un billete.*) Yo también quisiera mandarles algo, pero...

Obispo: Se puede hacer primero la función de a Iglesia y después coleccionar algo para mandárselo, contando que para ese entonces ya los protegerá la Santísima Virgen.

Alberto: (*Sonriendo*) Siendo así (*pone el billete.*)

Virginia: (A Pablo) Da tu por los dos.

Pablo: ya lo creo (*se busca por todas partes y al no encontrar nada*) Espere Ud. (*saca un lapicero y escribe en una hoja de papel que toma de su cartera; luego lee en alta voz depositándolo en la charola.*)

"Vale por cinco pesos.
Como ángel de tiernos besos.
Por mí y mi primita."

Pablo J. Ita.

Todos: Ja, ja, ja , ja; muy bien, ¡Viva el poeta!

Obispo: (*Aparte a D^a. Guadalupe.*) Este no quiere pagar.

D^a. Guadalupe (*Aparte también*) descuide Ud. yo me encargo de cobrarle.

Ricardo: (*A Herta.*) Es demasiado buena; muy buena.

Varios: Muy buena.

ESCENA III

Eduardo: (*Entrando*) ¿Están ensayando Uds. algún coro? Sr. Obispo (*saludando.*)

Obispo: Un coro de alabanzas para su esposa, y nos parece poco.

Eduardo: ¡Ah! (*va saludando a todos menos a los familiares que se quedan de pie y después de un rato se sientan a una señal del Obispo.*) (*Cómico.*)

Dispensen Uds. que llegue tan tarde, pero un negocio algo difícil me detuvo (*A Herta*) ¿está la comida?

Herta: Solo esperábamos tu llegada.

Eduardo: Pues ya estoy aquí: con que....

Herta: Señores: ¿Tienen Uds. la bondad de acompañar a las Sras. al comedor? (*Ricardo se dirige a Virginia, Pablo toma a Soledad, Pomposo a Da. Guadalupe y D. Guadalupe a Da. Concepción.*) A mí me dejan al Sr. Obispo. Voy a tener el honor de acompañarlo.

Obispo: Es un ángel, un ángel (*hace una seña imperativa a los familiares que se van muy escurridos por la parte del foro derecha.*)

D. Isidro: Mejor ir solo que mal acompañado.

Alberto: En seguida me uno a Uds.; quiero decir dos palabras y en seguida vamos.

Herta: Que no se multipliquen indefinidamente esas dos palabras.

Alberto: Serán poco más de dos, se lo prometo (*todos hacen mutis por el foro izquierdo, hacia el comedor. Toman sus lugares.*)

ESCENA IV

Alberto: (*después de convencerse que no lo oyen*)
Ya está arreglado todo.

Eduardo: Es decir, que dentro de tres días saldrá esa historia, se publicará en letras de molde.

Alberto: Sí, integra. El director no ha querido suprimir nada de lo escrito; Ya conoce Ud. su carácter. Le gusta levantar polvareda con su periódico y aprovecha para ello todas las ocasiones. Decía a cada momento ¡qué barbaridad! ¡qué barbaridad! ¡que plancha se ha pegado la sociedad! Ahora me la pagan los del molino que no me pagaron el anuncio del año último.

Eduardo: ¿Lo creyó?

Alberto: Claro, naturalmente; ¿y yo? Como que Ud. me ha dicho bajo su palabra de honor que todo era verdad.

D. Eduardo: (*Inseguro como el que miente a sabiendas.*)
Y lo es; hasta lo de que yo no sabía nada y creí una infeliz a esa mujer como una de tantas mártires del hambre. Por una carta de su hija he logrado que ella me confesara su pasado, el cual ignoraba por completo; he sido vilmente engañado por ella, como Uds., pues cuando yo la tome a mi lado se me mostró una infeliz, me inspiró simpatía, me dio lástima y la hice pasar por mi mujer. La verdad es que no se ha portado mal desde que está conmigo: al principio vivíamos aislados, pero las familias venían y venían y no quedaba más que presentarla; a veces temía que descubrieran algo, pero ¿Qué quiere Ud.?, yo menos que nadie podía decir lo que había sido, pues....

Alberto: Esto era lo que quería saber; su conducta en los últimos años. Pero hay algo que aún no comprendo, pues me parece que Ud. influyo para la divulgación de las cosas que hemos sabido en la redacción. Hay algo... porque algún motivo

debe Ud. tener para publicar lo que durante tantos años ha pasado ignorado ¿no es cierto?

Eduardo: Pues... si.... De una vez: uno y muy poderoso, que de vivir en mi patria, en Nueva York, no lo sería porque allí es cosa común y corriente divorciarse, y aunque no estoy casado... ya se vería la manera.... Pero aquí... ¡Oh! Aquí es muy diferente: el escándalo, mis negocios, mi crédito, mis ... No; sería horrible.

Herta: (*Desde adentro.*) Alberto ... Eduardo... Por favor.

Eduardo: (*Acercándose a la puerta del comedor.*) Vayan comiendo, vayan comiendo mientras nosotros terminamos: es cuestión de minutos (*bajo al oído de Alberto.*)

Alberto: ¿Qué no está Ud. casado? Demonio, si lo supiera el Obispo... el que dice que es un ángel. un ángel y la verdad... hoy ha estado a envidiable altura.

Eduardo: Eso no hace al caso. Lo que interesa saber es si ha leído Ud. el escrito. En el claro digo que es, por eso le recomiendo que se fije mucho en los detalles, porque si llega a publicarse esa historia, que todo pudiera ser, ella me servirá de defensa ante la sociedad que me condenara por haberla introducido en su seno... yo espero de Ud. que haga hincapié en la redacción, en el precioso detalle, de que la recogí por lástima y que agradecido de sus atenciones y cuidados la hice pasar por esposa.

Alberto: También le dijeron al director que Ud. me indico que lo viniese a ver antes de mandar a las cajas el original.

Eduardo: Eso es.... Porque si Herta no quiere irse y no quedo en libertad para casarme con Clotilde...

Alberto: ¿Clotilde? ... (*con admiración.*)

Eduardo: Sí... la hija de Don Fructuoso Pérez, el dueño de la Hacienda de Miranda.

Alberto: ¡Ah! Pícaro, ahí estaba la madre del cordero, ahora comprendo lo que no me explicaba este lío.

Eduardo: (*Secamente*) No hay mal que por bien no venga, es decir, cuando es para bien y no viene, hay que darle el giro adecuado para lograrlo, así, que si mi esposa, es decir.... Herta, no accede a lo que voy a proponerle, entonces.... Entonces, le daremos publicidad a esa su historia y debemos estar dispuestos a jugar el todo por el todo, venga lo que venga: y como yo soy hombre.... Porque en cuestión de amores, lo que en la mujer es crimen, para los hombres resulta una conquista.... De lo contrario.... Si se aviene a razones, yo le hablaré al director, le rogaré que le evite la pena y el bochorno a esta infeliz y.... creo que accederá.

Alberto: ¡Es todo un caballero!

Eduardo: Por lo mismo, haga Ud. lo posible por hablar conmigo antes de irse de esta casa; yo le diré si es conveniente que mañana resolvamos esta cuestión.

Alberto: Estoy a sus órdenes.... Ahora deseo suplicarle que me recomiende con D. Fructuoso, ya que veo que Ud. se lleva con él, porque con en esa Hacienda hay tantos empleos buenos, y yo... ya va Ud. de lo que me ocupo.

Eduardo: (*Sonriendo y con aire de protección.*) Descuide, que algo se hará. Más de lo que Ud. mismo se figura; entre tanto, guárdese Ud. eso.... Y ya hablaremos.

Alberto: Gracias, D. Eduardo, gracias, es Ud....

Herta: (*Que viene precipitada de adentro.*) ¿Pero no piensan comer? Casi hemos concluido.

Alberto: Y nosotros también. Vamos, D. Eduardo.

Eduardo: En seguida voy, deseo decirle algo a Herta.

Alberto: ¡Bueno! Con permiso de Uds. (*Hace mutis al comedor.*)

ESCENA V

Herta: ¿Quería hablarme?

Eduardo: ¡Sí!

Herta: Comprendo que no es el momento oportuno para ello. Te esperan y a mí también.

Eduardo: Todos son de confianza. Además, pienso ser breve: es indispensable, ¿lo oyes? Es indispensable que hoy, después de la comida, te despidas de todos pretextando un viaje, es decir, no pretextándolo, porque debes hacerlo enseguida.

Herta: ¿Un viaje?, ¿está enferma mi hija?

Eduardo: No; es algo más grave aún lo que pasa.

Herta: ¡Dios Mío! ¿Se ha muerto?

Eduardo: No, Herta, no se trata de ella; se trata de ti.

Herta: ¿de mí? ¡No comprendo!

Eduardo: ¿No sabes para que me detuvo Alberto?

Herta: Ni lo supongo siquiera....

Eduardo: Pues para decir que a la redacción de su periódico ha llegado como noticia sensación... tu historia.

Herta: (*Sin comprender todavía.*) ¿Mi historia?

Eduardo: Sí; un reportero alemán ha dado con el hilo de tu vida pasada y presente y haciendo una especie de novela en cuya publicación recomienda que se te busque en este Estado, porque tu hija te reclama de Alemania. Tu suicidio frustrado, la manera como llegaste a América, el encuentro

conmigo, nuestro supuesto enlace: todo, todo lo ha asentado en letras de molde, poniendo como un comentario satírico, que hoy te ves respetada de todos, formando parte de la mejor sociedad de una ciudad, en la que gozas fama de virtuosa, caritativa, moralizadora y.... Que sé yo cuantas cosas más, siendo una mujer de antecedentes... como los menciona....

Herta: ¡Infamia!

Eduardo: Infamia o no, tú comprendes que la situación es de lo más comprometida, y que nos pondrán en la picota... ¿Qué podemos hacer?...

Herta: ¡Dios mío! ¿Qué haremos? (*En tono suplicante y cariñoso.*) Vámonos lejos de aquí; vámonos.... Ya tenemos lo necesario para vivir; nos hemos enriquecido en este país prodigioso. Nos iremos a Suiza, al Canadá, donde tú quieras: siempre llevaremos buenos recuerdos de México. (*Se arrodilla*) Si, Eduardo, yo te amo, no me dejes; no me abandones; vámonos de aquí. (*Le besa la mano.*)

Eduardo: No puedo.... No puedo, ¿irme? ¿Y mi casa... mi crédito, mis negocios? Sufrirían de manera horrible. ¡Tú sabes que mis negocios están antes que todo!

Herta: (*Se ha levantado poco a poco y con una sonrisa de burla.*) Yankee habías de ser; pensabas así hace tres años cuando te conocí, cuando te encontré por las calles de Nueva York hecho un pillo.

Eduardo: (*En voz reconcentrada.*) ¡Herta!

Herta: ¡Un pillo, un vagabundo, un tramposo!

Eduardo: (*En voz baja y poniendo la mano sobre la boca.*) Silencio, baja más la voz.

Herta: No hice lo mismo cuando estabas contándome lo que tu amigo Alberto ha dicho, pero.... En fin, ¿Qué es lo que pretendes? ¿Qué me vaya?... sea en buena hora, mañana mismo saldré de aquí rumbo a Nueva York. (En tono burlesco.) Dejándote con tus negocios, tu crédito... de ahí me embarcaré a Alemania. No volverás a saber de mí. Muero para ti y para todos los de aquí.... ¿Estás satisfecho?

Eduardo: (*Algo mal contenido.*) Lo que por mi.....

Herta: Está decidido. Voy a anunciar el viaje ahora mismo; pero es necesario para eso, que además de mis alhajas me entregues \$100.000.

Eduardo: ¿Estás loca?

Herta: Nada de eso, hijo; cuerda, muy cuerda: haz bien la cuenta, piénsalo y verás como te resulta mejor que si te pido división de caudales ante los jueces.

Eduardo: ¿Con qué derecho?

Herta: Con el que me dan esos temores, que te impiden seguir a mi lado, con el que me apropio, porque comprendo que algo maquinas, que alguna infamia traes entre manos, que algún crimen quieres cometer....

Eduardo: ¿Qué te pasa, Herta? Que dices....

Herta: Lo que tenía que suceder al contemplar esa actitud de dignidad y de honor de que te jactas... tú que me hiciste el amor y me quitaste de la honrada casa en que vivía como ama de llaves, prometiéndome que trabajaríamos los dos aquí en México, que formaríamos un nido de amor, que ahorraríamos para formar una dote a mi hija y A los tres días de estar conmigo, me vendiste ignominiosamente a aquel viejo usurero, a quien explotaste de la manera más ignominiosa y cínica; tú que vienes hablando de crédito, de

moral, de.... que se yo cuantas cosas más; cuando lo que tienes, lo has hecho gracias a dos quiebras fraudulentas y un robo. Tu....

Eduardo: Basta ya; basta. Tendrás lo que deseas.

Herta: Ya sabía que habíamos de acabar por entendernos.

Eduardo: Mañana te entrego el dinero.

Herta: No. Esta misma noche lo necesito.

Eduardo: Es que....

Herta: Es que te conozco. No en balde hemos sido socios de esta Compañía, que hoy liquida y que duro seis años... Esta noche.

Eduardo: Está bien. (Hace mutis al comedor.)

ESCENA VII

Herta sola.

Herta: (*Viendo alejarse a Eduardo.*) ¡Miserable! ¿De qué me ha servido el arrepentimiento al lado de este hombre?, ¿de qué los cuidados?, ¿los desvelos?, ¿las atenciones, que, para guardar su cariño, he derrochado siempre cerca de él? Todo inútil, débiles castillitos de naipes que elevé en mi cerebro y por los que arrostré hasta las vejaciones a que me ha obligado.... ¡Castillos que al primer soplo de la fortuna vienen a tierra! ¡Delicado enjambre de esperanzas para el porvenir, que ahora se desbandan combatidos por el terrible soplo de aquilón que las azota! Todo se ha ido, todas mis ilusiones para lo venidero, para ese porvenir que contemplaba embelesada entre cariño, tranquilidad, amor, piadosas acciones y arrepentimiento. (*Pausa*) Hombres sin corazón; falaces hombres, esclavos del dinero, que después de hundir en el fango social a un ser, por muy malo que lo juzguéis, pero muchas veces irresponsable, en vez de avergonzaros de vuestra obra, no solo lo despreciáis, sino que en lugar de evitar su caída, alargáis la mano para hacerla más rápida y luego contempláis hipócritamente los despojos sociales que en descomposición se hallan en el fondo de la sima y eso no es porque dejáis de ir de vez en cuando a revolcaros en la carne maldita que recogéis de pronto; carne que es de algunos de aquellos restos por vosotros despreciado, como que volvéis a elevar hasta la cumbre de la más alta montaña, esparciendo aun lo que de sangre quede, para arrojarla sobre el suelo y pisotearla con vuestros pies... solo, porque van calzados con sandalias de oro. Pero no sucederá esto conmigo, yo os lo fio, tengo como escudo para contrarrestar vuestros golpes, el cariño de mi hija y lo que poseo, con ello puedo formarla una dota tentadora, capaz de ahogar los escrúpulos al más exigente de los hombres; tengo también en contra vuestra, la esperanza de que esta niña idolatrada no seguirá por la azarosa senda que a mí me marco el destino.... porque si

así no fuese, ¡oh! Como os reirías de mí, como atronaría en el espacio vuestras mofas, como cubrirías de cieno mi frente de madre.... *(Pausa.)*

Hay que tranquilizarse... hay que disimular, que esta vida es una comedia en que tenemos tan diversos papeles los humanos.

(Se oyen risas en el comedor. Herta señala con el dedo.)

.... Así está el mundo, ese mundo que no se atreve a estrechar entre las suyas las manos de una mujer perdida, pero si a aceptar de ella los favores que le concede. Hay que huir de él y huir para siempre, hay que ir soportando el escarnio, la befa, para contemplar de lejos a mi niña. Me alejaré, saldré de entre sus mezquinas garras, no para caer en otras, sino para encubrir mi doloroso pasado; compraré honor y virtud de los que en el bazar del gran mundo se rematan al mejor postor y atravesaré así, por cerca de los ángeles que desnudan los cuerpos para juzgar a las almas que no entienden de fórmulas sociales, sino de arranques del corazón; que no juzgan por las leyes sociales, sino por las superiores, las naturales. *(Se abre la puerta del comedor y salen todos, el Obispo adelante.)* Huiré. Huiré. Huiré.

ESCENA VIII

El Obispo: (*En broma, dirigiéndose a Herta.*) no se lo perdono, no se lo perdono.

Da. Concepción: Hágalo Ud. siquiera por la función de los pobres.

El Obispo: ¡Si, por ellos! Eso de haberme dejado solo, expuesto a una desgracia, a un accidente.

Herta: (*Dirigiéndose al Obispo.*) Y yo tampoco me lo perdonaré jamás, pero por estar ordenado que les sirvieran café en este sitio.... (*Le ofrece el brazo a el Obispo y le acompaña hasta el sillón.*)

Obispo: Si es por eso (*Doña Concepción.*) ya ve Ud., la disculpa le puede ser más conveniente y el arrepentimiento es de tomarse en consideración.

D. Pomposo: (*A Doña Concepción que trae del brazo hasta su sitio.*) No lo creerá Ud., veintitantas heridas tengo solo en el cuerpo.

Da. Concepción: ¡Veintitantas! Pobre cuerpo, será un harnero.

D. Pomposo: Esta es la causa de que nunca estoy enfermo. No tengo pulmones (*gesto de horror de Doña Soledad a cada palabra de Don Pomposo*); del hígado apenas si me queda un pedazo; por eso no hago bilis; del bazo hay algo, algo.... Algo.... Pero los riñones, ni esto (*con los dedos en los dientes; sigue hablando en voz baja con Doña Soledad.*)

Da. Guadalupe: (*A Don Guadalupe*) Pusimos el aposentillo precioso: lleno de estrellitas de plata muchas velas con papeles dorados; flores muchas; se veía el niño de Praga encantador, primoroso; la virgen de Guadalupe era un encanto; al niño le pusimos sus calzoncitos de encajes.

D. Guadalupe: ¡Que quiere Ud. que le diga! Yo estoy por la religión de mis antepasados. Se labraba una figura en que se representaba tal o cual causa de la vida, o un principio de la naturaleza y se le adoraba como lo que era, lisa y llanamente; No se les vestía de fantasía como se hace en la idolatría moderna, tal parece que los santos son para ir a un baile de máscaras.

Da. Guadalupe: Bien había dicho que era Ud. un masón, un hereje.
(*Sigue hablando en voz baja.*)

Herta: (*Al Obispo con quien ha estado hablando.*) voy a ver qué pasa, ya deberían traer el café.

Obispo: (*A Herta*) De paso me hace el favor de decir a mis familiares que entren.

Pablo: ¡Ya decía yo que me faltaba alguien en la mesa!

Herta: Que le paso al familiar del Sr. Obispo.

Obispo: ¡Nada!, sino que hoy es día de dos cruces, día de vigilia, ino podemos comer!

Pablo: ¡Ah!

Obispo: ¿No se fijó Ud. de lo frugal de mis alimentos? Apenas tome dos cucharadas de sopa; por insistencia de Doña Hertita comí el pescado, y disloque el caparazón del guajolote; me conforme con probar la carne, y después el jamón, las aceitunas, y de los dulces; de lo único que comí más fue de la ensalada. ¡Ya ve Ud.!

Pablo: (*Con burla.*) Es verdad, ya veo.

D. Isidro: (*Aparte.*) Bien dicen: "comer como fraile ayuna." ¡Valiente indigestión! ¿No habrá bicarbonato por si acaso?

Pablo: Toda esta clericalia tiene el estómago como un químico que conocí en México y que en paz descansa. No hay con que llenarlos, son peor que....

(Salen los familiares y toman sus asientos, todos siguen hablando como antes de ir al comedor.)

D. Eduardo: *(A Alberto en voz baja.)* ¡Si! En cuanto el director este solo me hace Ud. una seña para subir a hablarle y pasado mañana, cuando ella se halla ido, entonces me escribe Ud. un largo editorial relativo a su viaje. Pero sin hacer mención de su vida pasada.

Alberto: ¡Bueno!

Herta: ¡Ya estamos aquí! Voy a darles una sorpresa. *(Uno de los mozos, reparte, otro sirve las tazas y ella se dispone a servir azúcar)* si, mientras toman el café voy a darles la sorpresa. *(Todos atienden.)* Una sorpresa, por cierto, muy desagradable para mí. *(Siguen sirviendo.)* pero que ya no tiene remedio, es algo imposible de rechazar; y digo esto, porque sé el cariño, el aprecio que Uds. me tienen. *(Llega Don Eduardo, va a servirle azúcar y dice.)* ¿Tú no? ¿Verdad?

Eduardo: ¡No!

Obispo: Hija, por Dios; ha intrigado Ud. a todos, díganos por favor ¿de qué se trata?

Pablo: ¡Ay! ¡Si Hertita!

Da. Guadalupe: Yo me figuro que es alguna ocurrencia respecto a la función.... ya lo verán.

Herta: Pues, ea, de una vez, que mañana me voy a reunirme con mi hija a Alemania.

(Se le cae la taza al Obispo de la Mano.)

D. Isidro: ¿Su hija?

Herta: sí, mi hija, y como no volveré por aquí, hoy me despido para siempre.

Todos: (*Todos.*) ¿Para Siempre?

Obispo: ¿y mis pobres feligreses a los que sostiene Ud.?
¿Y la congregación?
Y....

Herta: No hay que alarmarse. Ya mi marido tiene instrucciones para seguir cubriendo por mí todos los compromisos.
(*Eduardo hace un gesto de enojo.*)

Todos: ¡Ah! (*Les vuelve la tranquilidad.*)

TELÓN



ACTO III

ESCENA I

Recibidor de un gran hotel en Berlín; cuatro puertas laterales y dos grandes de fondo; de estas últimas, la de la izquierda del actor corresponderá al interior del hotel y en el fondo se verá funcionar el elevador. La de la derecha es la que descubre la gran escalera del hotel, la cual figura seguir hacia arriba. Al fondo, entre dos grandes puertas, sofá redondo, a los lados sillas, mesas con periódicos; buzón de correo.

Gilbertín: (*Aparece Gilbertín Koslowsky con un libro en la mano; usa traje de calle.*) ¡Pero señor! ¿Es posible que haya encontrado a Herta? Me parece un sueño: la he visto llevar al hospital ya muerta. Además, ¡me lo ha dicho tantas veces el Dr. Eisenbarth! ¿Se levantarán los muertos de sus tumbas?... Y no hay que dudar, ella ha sido. (*Pausa.*) Salí hoy de mi empleo a las doce, y cuando pasaba por la avenida "Bajo los tilos" entre la muchedumbre que esperaba ver pasar la guardia imperial, bien claro, percibí su voz; voz para mi conocida, que me grito ¡Gilbertín! ¡Gilbertín!... y desde que llegue a Hamburgo nadie me ha llamado Gilbertín, porque hoy soy el Sr. Koslowsky o Koslowsky a secas; luego citarme para este Hotel.... ¿Sabrá que vivo en él? ¿Sabrá que aquí esta su hija?... habrá visto al doctor el único que sabe su historia.... Luego, su hija aquí, que cree muerta a su madre, a la que hallara tarde o temprano... y después... ¡Pues quien sabe!... al fin es una mujer de tantas, sin embargo, puede ser que le haya pasado lo que a mí, que después de aquella escena de la casa de Tante Buhr, sentí vivo remordimiento por la primera vez en mi vida, preocupándome seriamente... Todo puede ser, el Dr. Hartmann dice en su obra que la palabra imposible no debiera existir en el diccionario ¿y si no es así?... ¿Si es la perdida de antes?... muy pronto saldremos del error, más Si sigue en aquella vida de corrupción soy capaz de negarle a su hija hasta decirle a esta que la mujer

que la reclama es una aventurera. Ya veremos... ya veremos....

ESCENA II

Marta: (*Que viene por la puerta del foro izquierda, la del interior del hotel, discutiendo con Guillermo.*)

Ustedes siempre tienen disculpas para todo: desde ayer debió Ud. traerme la sortija y el sombrero.

Guillermo: Si me hubiera pagado ayer... pero ayer me dijeron que hoy, y hoy....

Marta: Si, que mañana y mañana que pasado.... Hasta que otro se lleve el sombrero del escaparate; entonces sí que hemos concluido... sí que hemos terminado para siempre....

Guillermo: No tienes otra palabra en la boca: parece que nada te importa terminar conmigo, y es... porque no me quieres, no te fijas en lo bueno que he sido contigo.

Marta: Tómalo por ahí, hazte la víctima, regáñame y échame en cara tus regalos. Nada me importa... si quieres, hoy mismo te los devuelvo y ... Pax Cristi.

Guillermo: ¿Quién piensa en semejante cosa? Lo que te he dado es tuyo para siempre; veo muy ridículo devolver las cosas cuando los novios quiebran o se disgustan.

Marta: Así será, pero ese es tu fin: porque... tú... tú ... ¡y tú me estás proponiendo el rompimiento! ¿A qué recordar tanto los obsequios?

Guillermo: ¡Alto ahí! No te sulfures, porque ahora me reconozco culpable.

Marta: ¡Como siempre! ... Si, muy culpable y estoy enojada de veras, y te advierto que, si no me traes lo que ofreciste, es decir, el sombrero y la sortija.... Quebraremos.

Guillermo: O hemos concluido para siempre, ¿no es verdad?

Marta: Si.

Guillermo: ¿Y de dónde quieres que saque el dinero? Ten paciencia, hasta mañana.

Marta: Paciencia... Paciencia; para Uds. los hombres se necesita mucha paciencia; eso sí, ¿oyes? (*Con mucho cariño*) Pídelo prestado y mañana lo pagas, antes que vendan esas cosas en la tienda.

Guillermo: ¿Pero a quién?

Marta: ¡Ay Hijo! Al emperador, al gendarme de la esquina, al Nuncio o al limpia botas. Yo que sé; (*Al volverse Gilbertín*) ¡Ah! ¿Papa Koslowsky, estabas aquí? (*Corre a Saludarle.*)

Gilbertín: Si, hija; estaba leyendo, y tan distraído que no te había visto. (*Había escuchado atentamente.*)

Marta: Pues yo acabo de entrar en este momento. ¿A ver qué lees? Seguro libros de.... De tu amigo Enrique... (*Lee apoyada en Gilbertín; este está pensativo.*)

Guillermo: (*Aparte.*) ¡Qué carácter el de esta muchacha!... y me gusta y la quiero... tiene algo excitante, atractivo. Y no poder vivir sin su cariño, sus exigencias, sus besos... demonio... venderé... empeñaré mi reloj y mi leontina y le traeré lo que me pide; no hay más remedio.... Después de todo, para qué quiero el reloj y la leontina; sin hora se puede pasar; pero sin el cariño y las veleidades de esta coquetuela, imposible (*suspira dirigiéndose a Gilbertín y a Marta.*) con permiso de Uds.

Gilbertín: Servidor de Ud.

Guillermo: (*A Marta.*) Señorita Marta....

Marta: (*Dejándole con la mano tendida y sin volver la cara.*) Que le vaya a Ud. bien.

Guillermo: (*Contemplando a Marta.*) ¡Qué guapa es!...

ESCENA III

Gilbertín: ¿Quién es ese señor?

Marta: (*Se vuelve y como ya Guillermo se fue, aparente sorpresa.*)
¿Cuál?

Gilbertín: ¿Cuál? ¡El que salió!

Marta: ¡Ah! Un inquilino del hotel.... Inquilino del hotel.

Gilbertín: ¿Con qué inquilino del hotel...? ¿Por qué no has querido darle la mano cuando se despidió?

Marta: No lo vi. Que, ¿quería darme la mano? ¡Qué barbaridad! ¿lo deje con la mano estirada? (*Gilbertín afirma con la cabeza.*)
ja... ja ... ja! que chistoso parece esa actitud.... Un limosnero que pide 5 pfennigs.

Gilbertín: eso creí, que pedía limosna... limosna de cariño.

Marta: (*Fingiendo ruborizarse.*) ¡Oh papá!

Gilbertín: no seas hipócrita, no te hagas la ruborosa, ya sabes que te conozco y bien, demasiado bien. Te he dicho muchas veces y hasta te he suplicado que me contaras tus enredos amorosos y nunca has querido ser franca conmigo; porque no me dices lo que te paso ahora con ese señor....
Claro, como que siempre has sido poco comunicativa y más tratándose de tus relaciones con los jóvenes, nada me sorprende.... ¡Hay que terminar con este estado de cosas!

Marta: ¡Papá Koslowsky!...

Gilbertín: No hay papa que valga... me has engañado toda la vida en cuestiones de amoríos más que en las otras cosas. Nunca has querido decirme nada y, sin embargo..... que yo sepa

has tenido, en los cuatro meses que van del año, cinco novios.

Marta: (*Fingiendo seriedad.*) No es verdad....

Gilbertín: ¿Qué no es verdad? Mira.

Marta: No es verdad; han sido siete, papá.

Gilbertín: Hablo de los que yo te he descubierto. Bueno, ponle diez.

Marta: Tampoco, porque verás.... Me embromo con el que acaba de salir, acepto ramilletes de flores del dependiente de la cigarrería. He ido al baile con el poeta que pasa a las cinco de la tarde y me gusta el músico que toca el violín en el concierto. Todos me creen su novia, pero yo, papá, me divierto y me río de ellos; todas mis amigas hacen lo mismo. ¿Verdad, papá, que no te enojas por ello?

Gilbertín: ¿Qué no me enoja? ¿Y tú mientras querrás seguir divirtiéndote con los novios, como se juega con las muñecas? No, no; no hay que jugar con el fuego, porque te quemaras antes de tiempo.

Marta: Yo se me cuidar, y además, así voy estudiando a todos hasta encontrar al hombre que me convenga. Y a propósito, ¿no me das permiso mañana en la noche para salir? Me ha convidado un sargento de la guardia de Potsdam; si lo vieras te gustaría; tienes bigotes a lo Emperador, es *iIst erreicht! Ja... ja... ja.... (Hace las señas del bigote.)*

Gilbertín: Ven acá, ven acá, pajarito loco. Lo que tú haces es atroz; hay que acabar con ese proceder que crees sin importancia, pero no faltara quien lo jugué inicuo, desvergonzado y... mira, si alguno de ellos te quiere y se encuentra con otro que te corteja por pasatiempo... menudo escándalo que se va a armar. Por eso quiero cortar hoy mismo el mal de raíz. Enrique te ama; te pretende seriamente y yo, a quien dices

papá, yo te quiero más que a nadie, yo desearía que Enrique fuera quien se uniese contigo: es un muchacho formal, estudioso, de un gran porvenir. Su padre es médico; ciertamente que conocí a ese médico y no tenemos buenos recuerdos de él.

Marta: ¿Cómo? ¿Tenemos? Yo también....

Gilbertín: (Algo turbado.) No, dejemos eso; hoy Nada menos vi a....

Marta: ¿A quién viste, papá?

Gilbertín: Pues.... a nadie... resolvamos lo relativo a Enrique, porque él te quiere y yo lo quiero y quisiera que....

Marta: Pero papá, si es tan feo, tan serio... no es como los demás, ni la cerveza le gusta, luego es un vegetariano. Ja .. ja .. ja... Se parece a los borregos alimentándose con pasto... Que divertido sería el lance si se desafiase con el sargento; yo me moriría de la risa; sería muy desigual. El uno gallardo, buen mozo y con sus bigotazos; el otro enclenque, soñador.... ¿Y qué armas elegirían? ... ¿Pistola? no, ¿sable? Tampoco. Sabes, papa... a mordidas a tres pasos de distancia y sin avanzar, que chistoso. (*Se ríe y salta.*)

Gilbertín: ¿Oyes, locuela? No estoy de broma, quiero que en serio quede arreglada hoy tu conducta venidera. Déjate de buenos mozos, fíjate más en sus cualidades... en su alma...

Marta: Si, el alma; isi Enrique no la tiene! siempre sentencioso, siempre midiendo sus palabras y sin un arranque de pasión. Me miras las horas enteras y de pronto, cuál si fuera escape de gas, suelta un suspiro.... Imagínate cual será nuestra luna de miel; yo sentada junto a una ventana contemplando el cielo, y él cerca de mí, sin pestañear y echándome aire (*suspira exageradamente tres veces.*) Por otra parte, yo estoy aquí trabajando siempre, a veces me canso sirviendo cerveza a la hora del concierto; pero me gusta.... Después

de todo, ¿qué posición me ofrece Enrique? En cambio, si llego a pescar al militar, tiene sueldo y Seré una señora; el otro... que su padre es médico, sí, pero él no lo es, ¡y cuantos matasanos no se mueren de hambre en Alemania! No, papá Koslowsky, recomienda tu Enrique a otra.

Gilbertín: Cállate que ahí llega Enrique.

ESCENA IV

(Los anteriores y Enrique vienen por la grande puerta de oro con dos libros debajo del brazo; es joven y usa anteojos negros.)

Enrique: *(Desde la puerta.)* ¿Me es permitido entrar?

Gilbertín: Ya lo creo; ipase Ud.!

Enrique: ¡Señorita Marta Koslowsky!... *(se queda de pie contemplando a Marta.)*

Gilbertín: *(Después de mirar.)* ¡Siéntese, hombre!

Enrique: *(Lanza un suspiro.)* Gracias. *(pausa.)*

Gilbertín: *(Lanza un hondo suspiro.)* ¿Qué hay de nuevo?

Enrique: ¿Qué hay de nuevo? Nada... lo de siempre.

Gilbertín: ¿Y esos libros? Son de... de....

Enrique: De estudio, puedes felicitar me, he presentado mi examen.

Gilbertín: ¡En hora buena!

Marta: ¡Ah! ¿Entonces sabe Ud. mucho?

Enrique: Si; se mucho.... Lo mucho que la quiero a Ud.

Marta: Esta Ud. chistoso.... Es la primera vez que me dice una gracia.

Enrique: Yo tomo siempre las cosas por el lado serio de la vida.

Gilbertín: Bueno, bueno; ¿y qué va Ud. a hacer ahora?

Enrique: Me voy a una hacienda de la costa como ingeniero Agrónomo....
Así que mi visita es casi visita de despedida... expresamente

he venido a comunicárselos a Uds..... y a preguntar a mi amigo Koslowsky, si ha hablado con Marta respecto a mis propósitos.

Gilbertín: precisamente comenzaba cuando.....

Marta: (*Levantándose.*) Mire Ud., D. Enrique, yo lo quisiera a Ud.; ipero es Ud. tan serio! Necesito acostumbrarme a su carácter: si quiere Ud. ser mi novio, váyase; pero sin compromiso aun, escíbame, obséquieme y después veremos.

Gilbertín: (*Aparte.*) ¡Demonio, demonio! ¡Qué carácter de muchacha! Como ha cambiado desde que oyó que se va. No, Enrique, no le conteste Ud.; vamos a conversar los dos primero y después veremos. Marta, puedes brillar.... por tu ausencia.... Voy a hablar con Enrique de estudios.

Marta: sí, sí; me retiro porque aún me quedan algunos quehaceres; hasta luego.

Enrique: Hasta luego, Marta, no me iré sin verla.

Gilbertín: Ya estamos solos.... He venido hoy más temprano a ver a Marta, porque dentro de poco tengo aquí una cita.... Me interesa hablar con Ud., con anticipación a ella.

Enrique: ¿Y yo que tengo que ver con la cita de Ud. Koslowsky?

Gilbertín: Es cierto, nada.... pero hablemos.... Por lo que veo Ud. pretende seriamente a Marta y Ud. sabe que yo si soy casi su padre, que la he cuidado durante varios años y me intereso vivamente por ella.

Enrique: ¿Qué si la quiero? la adoro: la vida sin ella me parece imposible; no me explico la atracción misteriosa que hacia ella me lleva. Vea Ud.: Antes de concluir mis estudios, nunca mencione este amor en las cartas que dirigí a mi padre; pero hoy que he recibido el título, le explaye el

asunto largamente. Le decía que pensara en mi felicidad; que no había apuro para contestarme y que tomara sus informes sobre mí y sobre Marta.

Gilbertín: ¿Y le ha dicho Ud. el nombre de su novia?

Enrique: Si, y le dije más, que la había conocido por Ud.

Gilbertín: (*Con vehemencia.*) ¿Y ya le contesto?

Enrique: (*Dándole un papel.*) Me manda este telegrama.

Gilbertín: (*Lee.*) Salgo en el primer tren a esa. Necesito urgentemente verte (*pausa.*) ¿Y ahora que va Ud. a hacer?.....

Enrique: El tren debe arribar dentro de una hora; iré a la Estación a esperarlo.

Gilbertín: (*Mirando el reloj.*) pues nos sobre tiempo para conversar. (*Aparte.*) Herta, el Dr., Marta. Todos aquí en Berlín; pues que venga lo que venga..... Decía a Ud. que si ¿pretendía seriamente a Marta?

Enrique: Pues si señor, ¿no le he dicho que hasta a mi padre está enterado y vendrá a darme sus felicitaciones? Siempre me ha dicho que me case joven, que elija solo a la que ha de ser mi esposa, que con tal de que yo la ame, él no se opondrá: el asunto ya está hecho; yo amo a Marta y espero que no se oponga.

Gilbertín: Bueno, pero pongamos por caso que su papá se opusiera a esa boda.

Enrique: No lo hará; para cumple siempre sus palabras y esa misma idea ha tratado de inculcármela.

Gilbertín: ¿y si en este caso hiciera una excepción?... Ud. sabe que la excepción confirma la regla general.

Enrique: No lo sé..... no quiero ponerme en ese caso... no; porque de todos modos me casaría aún en contra de su voluntad. No podría vivir sin Marta.

Gilbertín: Bueno.... Pero supongamos más aún, supongamos que Marta no fuese huérfana; que viviese su madre.....

Enrique: Mejor que mejor; la amaríamos ambos endulzaríamos la existencia a nuestra mamá común, sería yo muy bueno con ella y haría que Marta no solo fuese buena esposa, sino que aprendiera a ser buena hija; quizás con ella los defectos de su carácter a que tantas veces a aludido Ud. se le disiparían; el cariño de madre hace milagros... ¡Ah!, si tuviera yo madre.... Sería muy buena....

Gilbertín: No mi amigo, existen madres malas o cuando menos ignorantes o negligentes.

Enrique: Bueno; pero a la postre ¿Por qué tantas interrogaciones? Parece que está tomando en serio el papel de suegro. Fíjese que, si me caso, Ud. no será más que un amigo de ella.... Pues al fin ha cuidado a Marta.

Gilbertín: Nada de agradecimiento; estoy más que pagado en cuanto la veo y me dice papá Koslowsky..... me basta. Pero quiero ponerme en todos los casos; perdóneme, por tanto, la última pregunta. Imagínese Ud. que, viviendo la madre de Marta, está fuera una excepción por mala, perversa; vaya la última palabra: que fuese una de esas mujeres excluidas de la sociedad por su libertinaje ¿Qué haría Ud. entonces?

Enrique: ¡Vaya unas preguntas! ¿Esta Ud. de broma? ¿O me quiere tomar examen de filosofía y moral? ¿o es que algo me amenaza?

Gilbertín: Enrique, no soy yo, sino Ud. que se chancea; Ud. sabe que cuando le conocí hacía poco tiempo que había aprendido a

leer y todo se lo debo a Ud., a sus enseñanzas: aunque soy mayor de edad, Ud. ha sido una especie de padre intelectual para mí; esto, no obstante, le suplico que no me interrogue y que comprenda que si le hago tanta pregunta es porque deseo conocer su modo de pensar.

Enrique: Sea así: y aunque diferentes veces le he explicado cuáles son mis ideas, estoy dispuesto a manifestárselas otra vez. Para mí, no hay buenos ni malos en este mundo: todos son el producto de la sociedad misma. Los buenos no pueden vanagloriarse de sus bondades, pero al mismo tiempo tampoco tenemos derecho a condenar a los malos, puesto que tanto unos como los otros son irresponsables de sus cualidades. Los fenómenos sociales son el producto de la mente general; los pensamientos buenos, al exteriorizarse, producen las acciones elevadas; imprimen la caridad: infunden el amor, los pensamientos bajos; dan por resultado la maldad y la perversión. Cada ser humano es una especie de acumulador que devuelve a la sociedad lo que de esta recibe; si hubiese más mujeres buenas que malas, aquellas influirían mentalmente sobre las últimas. Y ya que todas esparcen el grado mayor de maldad ¿a qué espantarse de su propio producto? Ahora bien. Si una de las que fue durante algún tiempo receptora de lo malo, torna buena, debemos recibirla con los brazos abiertos. Esa es mi opinión. Esta es mi franca opinión; pero no me explico el porqué de sus preguntas. Es porque ¿vive la madre de.... Marta? y ¿es ella una de tantas.?

Gilbertín: No sé si vive; pero voy a saberlo pronto y por eso he preguntado (*Un criado entrando.*)

Criado: ¿Ha venido el Sr. Koslowsky?

Gilbertín: Enrique; hágame Ud. el favor de ir un momento a la biblioteca, mientras recibo a esa persona.

Enrique: No: es tiempo ya de encaminarme a la estación; el tren en que viene mi padre no debe tardar; pasaremos por aquí. Hasta luego, Koslowsky; me dejo Ud. preocupado con sus preguntas.

Gilbertín: Hasta luego, Enrique, hasta luego.
(*En medio de la sala. Entra Herta hasta la puerta. Pausa*)
¡Herta!!!!

Herta: Herta, si.... Ven, hombre, ven; dame un abrazo, ya que no pudo ser esta mañana en la venida: ven, no me temas, que no es aquella Herta que conociste.

Gilbertín: Un abrazo y el corazón (*se abrazan.*) Pero que cambiada, Herta es Ud. otra.

Herta: La vejez, Gilbertín, la vejez que se aproxima.....

Gilbertín: Que vejez ni que niño muerto; si esta Ud. más hermosa que nunca.

Herta: Gracias, amigo: siento no poder decirte lo mismo; pero si, que te veo más sano, más respetable, y esa barba, ese ceño....

Gilbertín: Pero sentémonos y charlaremos. (*Se sienta.*)

Herta: Pues bien, cuéntame lo que haces, que yo te contaré mis aventuras.

Gilbertín: Soy a la fecha empleado de una biblioteca: en los momentos que puedo, leo y me instruyo; ¡qué gran consuelo es el saber, por limitado que este sea!.....

Herta: Y que, ¿ya no tocas el piano?

Gilbertín: Ya no.

Herta: Por supuesto que desde el día que me envenene y escuchaste la conversación con el delegado de la sociedad moralizadora, supiste donde estaba mi hija y te dedicaste a cuidarla. ¿Le has hablado alguna vez de su pobre madre, muerta?

Gilbertín: ¿Y de dónde sabe Ud. todo eso?, ¿también sabrá lo de los 5.000 marcos?

Herta: Todo lo sé: ya vez que conozco tu historia: no te esfuerces, pues, para contármela, gracias, gracias, Gilbertín, ¡el cielo premie tu acción! Ahora escúchame: puesto que eres amigo del hijo de Eisenbarth, que debe ser el retrato malvado de su padre, te diré que no solo se robó los 5.000 marcos que le di para la educación de mi hija, sino que también se apropió por años de las mesadas que mandaba para la misma. ¡Ah! Como yo no pensaba volver por acá, se figuró que todo quedaría oculto, y como le confesé que no quería que mi hija supiera que yo vivía, pues deseaba que me llorara muerta, él hacía escribir a su hija menor las cartas que a una señora americana enviaba, dándole gracias por sus continuos obsequios.... De tal padre tal hijo. ¿no es eso?

Gilbertín: No; Enrique su hijo es un caballero; yo le envidio por su bondad.

Herta: Es verdad; había dicho algo sin sentido y sin valor; la humanidad se deja influir por adagios y proverbios inventados por algún iluso que quiso decir mucho y no probó nada. No, no es necesario que los hijos sean iguales a los padres.

Gilbertín: Por regla general tienen algo parecido que llamamos atavismo, es lo que Enrique denomina la ley de Karma.

Herta: Karma.... esa palabra la he oído yo ¿Dónde? ¡Ah! Ya sé; a bordo del transatlántico se dio una conferencia y el autor explico esa ley de justa recompensa. Después hablé a solas con el conferencista y me explico cosas altas, muy

elevadas: si bien mi inteligencia no me permitió comprenderlo todo.

Gilbertín: A ver; dígame algo, Enrique es o se da de teósofo; me conversa y tampoco yo lo entiendo; me gustaría sorprenderle con alguna idea mía, es decir suya; es decir, del conferencista.

Herta: Pues bien, le pregunte de la relación de padres a hijos; si el amor de madre se perdía o llegaba a ellos aun cuando estuvieran lejos...; si las buenas acciones se perdían; mucho le pregunte, hasta si había cielo e infierno.

Gilbertín: Sí, sí; y ¿Qué le contesto?

Herta: ¿Si había cielo o infierno y si iríamos al morir a unos de ellos?

Gilbertín: Sí, sí; eso y lo demás.

Herta: Pues me explico que el cielo con sus recompensas y el infierno con sus penas, no deberíamos buscarlos allá, tras de las nubes, sino aquí, dentro de nosotros; que cada pensamiento o acto producía sus resultados definidos, pero no como un premio o castigo enviado desde el otro mundo, sino como un resultado inherente a nuestros actos mismos. Que si el beso que diera origen a un nuevo ser era puro, lleno de amor, el hijo tenía preparado el camino del bien y de ventura; al contrario de los hijos resultado de la voluptuosidad y del vicio, que son desgraciados; que la madre, con un amor puro y potente, pone ejemplos de sanas prácticas, muy bien puede salvar a su hijo, aunque físicamente mediara una distancia enorme entre ellos, me dijo que el amor jamás vibra en vano; que era la fuerza universal del bien, así como el odio producía daños en nosotros y en nuestros semejantes, siendo la causa del atraso o estacionamiento de los pueblos, familias y sociedades; me afirmo que el secreto regenerador de la vida y de las sociedades, el alma de todo progreso, el hilo

oculto generador de bienes y desgracias, era la fuerza mental que la propia humanidad elabora; ley sabia, ley inmutable, ley de recta equidad, ley de eterna justicia.

Gilbertín: Que hermoso es todo lo que me habéis dicho. Ya voy creyendo que Marta puede ser dichosa; ¡pienso tanto en ella!

Herta: Si, lo será ¿Y dónde está? ¿Cuándo la veré...?

Gilbertín: Creo que sería muy bueno prepararla; esperemos que las cosas vengan solas, al cabo ya sabe Ud. que está bien; y con el encuentro tal vez todo lo echaremos a perder. Nos hemos dejado llevar en alas de esas filosofías, olvidando nuestro asunto principal... en fin ¿Dónde habíamos quedado? ¡Ah! En que la hija de Eisenbarth escribía aquellas cartas apócrifas.

Herta: Si, Gilbertín... y yo besando aquellos renglones por ella escritos, creyéndolos de mi Martita... Pero vamos al grano.... Yo llegue de México, país hermoso, y en seguida busque al Dr. Eisenbarth, quien casi se desmayó al verme, y con la amenaza de delatarlo ante los tribunales por ladrón, me contó todo, todo, hasta que mi hija se hallaba en este hotel, recogida por la esposa del Administrador, y que tú, buen Gilbertín, cuidas de ella.

Gilbertín: ¿Y en Hamburgo no la reconocieron?

Herta: Dios me libre.... Sin embargo, las mujeres somos tan curiosas; algo indagué: Tante Buhr murió.

Gilbertín: De fijo del hígado, o algo así....

Herta: De delirium tremens. Luisa está con un señor rico a quien estafa; otra de las muchachas en prisión, por lesiones; mi adversaria principal agoniza en un hospital atacada de tuberculosis. La casa sigue con el nombre de Tante Buhr, Cuarent d'Or el Restaurant, pase por enfrente de él y al

mirar para adentro me dio calosfrío. Pero dejemos esto, que ya paso. Cuénteme de Marta. ¿Habla de su madre?, ¿me nombra alguna vez? ¿Reza por mí?

Gilbertín: (*Algo embarazado.*) Si.... Si.... Naturalmente: pero a su edad, hay que considerar; también se preocupa de otras cosas.... Cosas propias de su edad.

Herta: ¡Ah! de sus muñecas.

Gilbertín: De muñecos dirá usted. (*Con extrañeza.*) Usted se la figura todavía como la dejo: una señorita de nueve años y meses; y debe comprender que después de otros nueve que no la ha visto.....

Herta: Es cierto, Gilbertín. Así me la he seguido imaginando; igual a la última vez que la vi. Será hermosa, ¿verdad?

Gilbertín: ¿Quiere usted que la llame?

Herta: Si.... No... no; un momento: el conferencista me aconsejo que anduviera con calma; que no me dejara llevar por los impulsos; que la observara; por eso te espere hoy en la mañana en la avenida por donde sabía que debías pasar.

Gilbertín: ¿De manera que no fue casual nuestro encuentro?

Herta: Pero Hombre, ¿no le he dicho que estoy enterada de todo, hasta de lo más minucioso por el Dr. Eisenbarth?

Gilbertín: Es verdad.... No me acordaba.

Herta: Un momento. Precisamente era lo que deseaba, que Ud. me la trajese y le dijera que era yo... una señora.... Que había conocido mucho a su madre y que por eso me interesaba en ella.

Gilbertín: ¡Ah! Luego ¿No quiere Ud. llevársela?

Herta: hablaremos de eso más tarde.

Gilbertín: No, si lo digo.... Porque si usted ha seguido.... No diré la vida de antes, por su modo de hablar no es posible.... Pero algo parecido.

Herta: ¡Ah! ¿Tú crees que vengo como amante de algún americano o mexicano rico? Calla.... Calla y no tengas cuidado. En América me casé y te juro por el amor de mi hija, que he sido fiel a mi marido.

Gilbertín: ¡Ah!

Herta: He venido por..... porque aquel hombre es un malvado: hacemos mujeres predestinadas a no tropezar más que con seres despreciables y viles; pero cuando tenemos la divina coraza del amor maternal, los dardos de la perfidia no nos hieren, se embotan.

Gilbertín: Bueno, como soy parte interesada, en cuanto a Marta se refiere, espero que me ayudara Ud. a convencerla para que se case con Enrique, joven muy formal, que la adora y que acaba de recibirse de ingeniero agrónomo.

Herta: ¿Y si ella no le ama?

Gilbertín: Es por su salvación.

Herta: ¿Cómo?

Gilbertín: Sí; ha dado en jugar con el corazón de los hombres, en ser algo ambiciosa. El lujo, la coquetería y la presunción constituyen su único afán, (*después de pensar un momento.*) no ama a nadie.

Herta: Es fácil en secreto. Las mujeres no podemos vivir sin amor; lo único capaz de contener la pasión de un hombre es el amor a un hijo.

Gilbertín: Pues será ella una anomalía, porque a nadie quiere; tiene novios a pares y les exige como prueba de amor, seda y brillantes.

Herta: ¿Qué?

Gilbertín: Hay que salvarla, Herta, ¡hay que salvarla!...

ESCENA V

Dichos y Marta que llega corriendo por el fondo como si la siguiesen y cantando, durante ese tiempo Herta se pone nerviosa.

Marta: ja.... Ja.... Ja.... ¡Qué estúpido es ese hombre que estaba conmigo! me río de él (*reparando en Herta y Gilbertín.*) Pero todavía aquí papá.... ¡Señora! (*Saludando a Herta.*)

Herta: (*Que desde que oyó la risa de Marta ha sufrido un sacudimiento nervioso, al verla, no puede contenerse y a pesar del esfuerzo que hace cae en un sillón y apenas si murmura la palabra*) ¡Dios mío!.....

Marta: ¿Qué le pasa? (yendo cerca de Herta.)

Gilbertín: ¿Se siente Ud. mal? (*yendo también cerca de Herta y quedando al lado contrario del que quedo Marta.*)

Herta: Es.... Es que.... (*se recarga en el brazo del sillón y llora.*)

Gilbertín: Voy por un poco de agua.

Marta: Si quiere Ud. traer mis sales, en el buro están. (*Va Gilbertín por el foro izquierdo.*) (*Herta sigue llorando.*) Vamos señora, cálmese Ud., ¿Qué tiene?, ¿algún pesar? No haga caso (*le toma la mano y se la acaricia.*) Yo tuve la culpa ¿verdad? Entre tan de improviso..... Soy tan loca.... Y las señoras nerviosas se asustan tan pronto.... ¡Perdóneme!

Herta: (*Llorando.*) No.... No.... Como estoy algo delicada.... De pronto (*cogiéndola de la mano con efusión.*) Gracias.... Gracias.... ¡Marta!

Marta: Si.... Si.... El Sr. Gilbertín me dijo....

Gilbertín: (*Saliendo con un vaso de agua y el pomo de sales.*) Tome Ud.... Tome Ud....

Marta: (*Quitando a Gilbertín lo que trae y ofreciéndoselo a Herta.*) Beba Ud. y luego aspirara de este frasquito. (*Herta la sigue mirando llena de amor.*) Le hará bien.

Herta: Gracias, Marta, gracias. (*bebe y toma del frasquito. Suspira.*)

Marta: Va pasando todo. ¿Verdad? A mí también me dan, de pronto esas cosas y

Herta: ¿Esta Ud. enferma?

Marta: No.... tal vez un poquito.

Gilbertín: (*En tono burlesco.*) ¡Sí!, ¡idel corazón!

Herta: (*Atrayendo a Marta hacia sí.*) ¿Quiere Ud.? ¿Ama Ud. a alguien?

Marta: No señora, eso no.

Herta: Es que como el D. Gilbertín me había dicho que el Sr.... (*A Gilbertín.*) que.... ¿Cómo se llama ese Sr.?

Gilbertín: Enrique.

Marta: ja... ja.... ja.... Pero papaíto ¿Cómo cuenta Ud. estas cosas? ¿Y a la señora que no conocemos?

Herta: es que tengo interés....

Marta: Por Enrique; comprendo; ¿es Ud. su mamá?

Herta: No.

Marta: ¿Entonces?

Herta: Me interesa Ud.

Marta: ¿Yo? No comprendo.

Gilbertín: Es que..... Es que la señora conoció a su mamá.

Marta: (*A Herta.*) ¿conoció Ud. a mi mamá?

Herta: Mucho; Por eso quisiera hacer algo por Ud., y como Gilbertín me narro eso de Enrique.... Y creí ver la felicidad de Ud. con ese enlace, me dice que Enrique desea casarse con Ud....

Marta: El sí..... y cuenta con el apoyo de papá Koslowsky: pero a mí me parece muy soso, muy.... Qué sé yo....

Herta: ¿No le es a Ud. simpático?

Marta: Pues.... Sí, simpático si, y me quiere.... De veras.... Pero no es como los otros hombres.

Herta: ¡Ah! Y si Ud. acepta a Enrique, yo os aseguro porvenir, solo quiero su felicidad.

Marta: ¿Cómo?

Herta: Os doto con 100.000 marcos.

Marta: ¿Con 100.000 marcos? (*Marta y Herta se besan: la última con efusión y llorando, la primera con entusiasmo, diciendo*) ¡100.000 marcos! ¡Soy rica!

Gilbertín: Besa los 100.000 marcos.

ESCENA VI

(Mientras Herta abraza a Marta aparece en la puerta del fondo el Dr. Eisenbarth. Herta se levanta como herida: al volverse, Gilbertín, que adivina el encuentro, toma a Marta de la mano y se la lleva.)

Gilbertín: Marta: vámonos de aquí. *(Marta no comprende y se deja llevar entre sorprendida y asustada. Eisenbarth y Herta estarán parados uno enfrente del otro a cierta distancia.)*

Eisenbarth: *(Mirando a Herta.)* ¿Ud. aquí?

Herta: ¿Por qué la extrañeza? ... ¿No era natural que la madre, al saber el paradero de la hija, hacia él se dirigiera?

Eisenbarth: *(Recapacitando.)* Si... pero... su hija de Ud..... aquí esta también, aquí.... Donde dice mi hijo, que esta la mujer que ama. ¡Oh! Mis temores no han sido infundados; es la misma su hija; es la mujer con quien desea casarse. *(Con altanería.)* Eso no puede ser. Casarse mi hijo con tu hija... fruto del vicio.

Herta: ¡Nunca!
¿Quién es su hijo? ¿Un joven que acaba de recibirse de ingeniero?

Eisenbarth: ¡Si!

Herta: En ese caso lamentémonos ambos porque él es, el prometido de Marta.

Eisenbarth: ¡Nunca! Señora.... Nunca consentiré en semejante enlace.... Ud. ha sabido por mí, el paradero de su niña; Ud. ha interrogado y yo he respondido con toda sinceridad sus preguntas; Ud. ha arrancado la confesión plena de mi delito, sílaba por sílaba, a condición de que le dijera únicamente donde hallaría a Marta: esa fue su única

condición; pero nada más... nada más. El castigo a que ahora me condena Ud. robándome a Enrique, es demasiado, superior a mis fuerzas. Las faltas que haya podido cometer jamás podrán merecer tan inicua penitencia. Ver al hijo de mi corazón, a mi honrado e inocente hijo, unido al fruto del pecado.

Herta: (*Con calma mal contenida.*) Si mis miradas en estos momentos pudieran tomar la forma de un objeto cualquiera, ten la convicción de que se convertirían en agudos puñales, ique irían a clavarse en la mitad de tu lengua! y aun así satisfaría la indignación que tu inmunda baba, al posarse en mi hija, ha provocado en mi mente. ¿Resultado de la concupiscencia y el pecado, llamas a la que fue formada en el supremo éxtasis de un amor puro? puedo yo haberme entregado miles de veces sin sentir; pero el beso que dio origen a Marta.... Fue puro, vehemente. ¡Del pecado! ¡Siendo ese ser amamantado por una madre que con lágrimas amasaba el pan!

¿Y eres tú quien así habla? Tú, el ladrón; tú el misionero de la moralidad.... ¡qué sarcasmo! Tú, que mantienes a tus hijos con el dinero de mi vicio, ¿Qué tanto te espanta? tú el proclamador de la virtud, que engalanas los cuerpos vírgenes de tus hijas con las monedas robadas de mi envilecimiento, a mi depravación; ¡pero que dedicaba a la regeneración de la mía! Tu infeliz.... Para nosotras las mujeres perdidas, las deshonradas las que llevamos el estigma terrible de la inmoralidad, la sociedad nos desprecia; pero nos tolera: todos los pueblos cultos usan de cierta elasticidad de criterio para con nosotras: hasta se nos tiene por una necesidad; se nos tolera..... en cambio, para vosotros.... los ladrones no hay más que castigo, cárceles, expulsión de los centros habitados. Nosotras paseamos a la luz del día nuestra degradación; vosotros.... Esperáis las sombras de la noche para hacer funcionar vuestras ganzúas.

Eisenbarth: ¡Oh! No más, señora.

Herta: ¡Ud. lo ha provocado!, ¡así lo ha querido!

Eisenbarth: Si.... Pero a pesar de todo cuanto Ud. acaba de decir, no puede decirse a un hombre, por muy infame y malvado que haya sido, no es posible que por ellos lance a mi hijo, modelo de honradez, entre los brazos de la que lleva en sus venas la sangre de los vicios.

Herta: ¿Y cuándo lo engendraste, pensabas como hoy? So desgraciado.... ¿No azotaban tu cerebro las ideas del robo y la falsía? Contesta.... Pues si temes que Marta por herencia se encamine hacia el mal, también yo he de temer que por atavismo Enrique sea un malvado, un ladrón.

Eisenbarth: (*Con calma y casi suplicante de vencido.*) Ud. aún suena en Hamburgo; su belleza, sus aventuras no han muerto en la memoria de los habitantes del puerto, ¡fijaos en mi situación de médico!

Herta: (*Con burla.*) ¡Así sí que eres el Sr. Doctor! Pertenece a una casta sacerdotal con privilegios. Desgraciadamente, vuestro gremio se compone de dos grupos: los verdaderos apóstoles de la ciencia, los que sienten con sus pacientes dolores y sufrimientos y que con su amor y piedad tienen un factor importante que los ayuda en la santa tarea; y los segundos.... seres sin corazón, que miran su misión como un negocio especulativo; los que con su proceder hipócrita concluyen por dar asco al paciente y se escudan en su ignorancia con el latín, cometiendo los peores crímenes, siempre amparados con la patente de matar. Para un hijo de estos últimos, mi Marta vale demasiado.

Eisenbarth: Señora: es usted demasiado dura; no tiene derecho a juzgarme como profesional; piense también que habría que presentar los papeles de legitimación, y Enrique es hijo de matrimonio legítimo.

Herta: Si, su esposa y usted han cambiado ciertas palabras en presencia de la ley; la sociedad reconoce vuestro derecho: vuestros hijos son legítimos. Es verdad, las parejas que no se han sometido a ese trámite, dan hijos bastardos a la sociedad; son hartos despreciados e insultados los hijos naturales, los traídos al mundo por padres no autorizados por la ley, y sin embargo, ese convencionalismo es la cohesión de una familia por la fuerza; es la consagración legal del derecho a la opresión recíproca.

Eisenbarth: Señora, si pensáis así ¿Por qué os esforzáis en casar esa pareja?

Herta: Dada la sociedad actual, con ese atraso, ese convencionalismo se impone aún y en el presente caso, significa salvar a Marta del medio en que se halla.

Eisenbarth: ¡Ah! Sí; y yo y mi hijo vamos a servir de instrumentos: somos los elegidos, las víctimas expiatorias. Eso no puede ser... vea su porvenir.

Herta: No tema usted: eso corre de mi cuenta, yo los doto con 100.000 marcos.

Eisenbarth: (*Sorprendido.*) ¿Ese dinero para dotar a ambos lo da usted?

Herta: ¿Qué hay en ello de extraño? Yo, yo doy la dote como di la mesada de la niña. (*con marcada intención.*) Esto es claro; palpable se ve que he venido a ser la protección de mi hija y del hijo de usted, (*movimiento del Doctor.*) de este sin pretenderlo, puesto que sostuve sus estudios; justo es, por tanto, que hoy con mi consentimiento, borde el porvenir de los dos.

Eisenbarth: (*Más suplicante.*) Pero, señora.....

Herta: Es necesario salvar a mi hija; es preciso darle una posición, hacerla esposa; ¿me entiende usted? Cada cual por su lado

cuidara de la felicidad de los dos; es nuestro deber; vigilemos constantemente porque vuelva a ellos el honor que hemos perdido. Si el arrepentimiento de usted es sincero como le lo aseguro usted en Hamburgo, nada tendremos que temer. Pronto, muy pronto con el ejemplo vendrá la virtud, no a nuestras almas, pero si a la de aquellos que procuremos inculcarla y que nos rodean. (*Se oyen voces de Gilbertín, Enrique y Marta*).

Eisenbarth: Señora: retirémonos; no conviene que nos vean con el semblante alterado por la excitación de nuestra conversación. (*Se retiran por una puerta; pero luego vuelven para escuchar la conversación de Gilbertín, Enrique y Marta.*)

ESCENA VII***Salen primero Gilbertín y Marta.***

Gilbertín: ¿Con qué lo aceptas, Marta? Trata de amarlo; es tan bueno.

Marta: Naturalmente.... No faltaba más.... Ahora lo adoro.

Gilbertín: Se va a cumplir mi deseo más ardiente; verte unida a él.

Marta: Bueno: ¿con 100.000 marcos podré comprar un palacio?

Gilbertín: Seguramente.

Marta: Y coches, y automóviles y alhajas y

Gilbertín: ¿Tanto te gusta el lujo? ¿Tanto te domina el placer de exhibirte, de mirarte elegante?

Marta: ¿Qué quieres? Con 100.000 marcos a mi disposición, no he de vestir con estas cosas, ni andar a pie, ¿verdad? (*entre Enrique.*)

Enrique: Koslowsky.... Marta.... (*Marta brinca y le da la mano cariñosamente.*)

Marta: Enrique, te quiero (*lo abraza.*)

Enrique: ¡Amor mío! (*Dirigiéndose a Gilbertín.*) Al llegar a la estación el tren había arribado; no encontré a mi papá, fui a mi domicilio y me dijeron que se había dirigido aquí. ¿No habrá venido?

Gilbertín: No.... Si..... No lo se.

Marta: Déjese Ud. Enrique, ya vendrá; hablemos de nuestro amor; figúrate que tendremos 100.000 marcos de (*Enrique*

mira como interrogando a Gilbertín, y este se encoge de hombros.)

Enrique: (*A Gilbertín.*) ¿Qué dice Marta de 100.000 marcos?

Marta: ¡Ah!, te lo contaré; ahora siento amor por ti.

Enrique: (*Mientras abraza a Marta habla a Gilbertín, después dirige su mirada al cielo.*) Me ama... ¡Amor, verdadero amor! Palanca universal; imán celeste de atracción de las almas; sentimiento supremo en el cual se funden y armonizan todas las cualidades del corazón; tú eres la unificación de las ideas con la mente universal; cuando las ideas adquieren su lucido desarrollo y los seres no se dejan arrebatar por las bajas pasiones, sino por el deseo de felicidad que en cada pecho palpita, la vida es eterno idilio que no los poetas sueñan, ni la boca es capaz de traducir en las íntimas sensaciones que el corazón percibe: es lenguaje mudo que la mente inarticula arrobándose en extática contemplación. Sí, quiero amarla, haya habido lo que quieran el verdadero amor no odia: olvida, engrandece y perdona.

Marta: Si, muy hermoso es todo esto y con 100.000 marcos, mucho mejor.

Enrique: (*A Gilbertín.*) Pero que es eso de los 100.000 marcos, explíquese Ud.

Gilbertín: Vamos a ver dónde está tu padre, él se lo explicara todo.

Enrique: Sí, vamos.

Marta: (*Se levanta y Enrique la toma de la cintura.*) Seremos felices.

Enrique: ¡Te haré dichosa! (*Salen.*)

ESCENA VIII

(Entran el Dr. Eisenbarth y Herta que han estado en la puerta.)

Herta: ¿Que tal le parece, Dr.?.....

Eisenbarth: El destino ofrece casualidades muy extrañas para castigar a los culpables. Que ciego.... La ama.

Herta: ¡Casualidad! Esa palabra no existe; debe decirse CAUSALIDAD, Esto que vemos es el efecto de una causa anterior y precisa.

Eisenbarth: ¿Cómo? No la comprendo.

Herta: Mi amor de madre vibrando hacia mi hija de modo constante, vivo y penetrante, y al propio tiempo cuidándola Gilbertín, obrando como cerebro inconsciente en esta labor: Ud. con temores por mi regreso, con miedo porque no descubriese su ambición; sus escrúpulos de conciencia por la educación de su hijo con dinero ajeno, eran fuerzas-pensamientos todas ellas, más que suficientes para laborar en el resultado que tocamos, que aquí vemos. No lo dude: el pensamiento emitido fácilmente halla asimilación en mentes que vibran al unísono con el cerebro emisor. Nada se pierde: los pensamientos de odio, amor, caridad, egoísmo y envidia, lo mismo que todos los otros, obran como lo que son y producen siempre los efectos inherentes a los que son y causa que los genera; y si rara vez nos damos cuenta de ello, es porque ignoramos sus leyes hipnóticas, magnéticas, sugestivas y de relación mental de ser a ser. Si los astros están unidos por la fuerza de atracción mutua, que en sí desenvuelven, los seres humanos no lo están menos por su mentalidad, foco activo de asimilación y eliminación de las ideas que delinear el progreso en todo. ¡Sé que van a ser felices!

Eisenbarth: ¡Ah!, pues siendo así.... Aceptaría... si llegaran a ser felices.... ¿Pero lo serán? ella tan frívola, vana, coqueta, y el tan

serio.... ¿y cuándo sepa? ¡Pobre hijo mío! está demasiado ciego para ver los efectos de su amor.

Herta: Doctor, nada hay imposible para el que piensa bien: nuestros hijos quedaran amparados por el amor que les profesamos; su porvenir será el resultado de nuestro arrepentimiento; nuestras futuras acciones serán el camino que los conduzca al sendero del honor. No volvamos nuestra cara hacia el pasado: que solo vean en nosotros ejemplos de rígida virtud y que no escuchen de nuestros labios más que consejos sanos y morales. ¿Qué más podemos hacer por salvarlos? Nuestro amor de padres puede escudarlos.

Eisenbarth: (*Vacilando aún.*) Señora.... Señora....

Herta: Y conste que yo no quiero imponerme: si Ud. cree que puede hacerles mal mi vida entre ellos, principalmente a su hijo, dispuesta estoy al sacrificio por él: me iré, volveré a América.... Con mi fortuna puedo vivir en cualquier parte del mundo después de darles a ellos lo ofrecido. Iré lejos, muy lejos, si es necesario, huiré; no los volveré a ver, para que no se abochornen: todo lo haré por su hijo, con tal de que se una a mi Marta y así quede a cubierto de las miserias y sufrimientos en que caí por darle pan y alejarla del vicio.

Eisenbarth: (*Conmovido.*) Basta señora.... Basta ya... Hemos sido muy crueles al juzgarnos, pero era humano, era necesario; cada uno ve la paja en el ojo ajeno olvidando su propia viga. Usted habló por ella y me ha vencido cuando cedió por él: no soy un niño.... Observaré a los dos y..... No veo necesario que Ud. se marche. Sus palabras que ahora juzgo sinceras me parecen una garantía para el porvenir de mi hijo. ¡¡¡Accedo a todo!!

ESCENA IX

Salen Gilbertín, Enrique y Marta que no han encontrado al Doctor.

Enrique: ¡¡Padre!!

Eisenbarth: ¡¡Enrique!!

Enrique: (*A Herta.*) El Sr. Koslowsky me ha enterado de todo; trataré de pagar sus bondades haciendo feliz a Marta.

Eisenbarth: Si, hijo, trata siempre de ser bueno; tienes mi consentimiento para la boda. (*Dirigiéndose a Marta.*) deja que te bese hija mía. (*le da un beso que marta recibe maquinalmente.*) Ahora abraza a tu madre.

Gilbertín: ¡¡La soltó!!....

Marta: ¡¡Mi madre!! ¿Cómo? ... ¿La señora es?

Eisenbarth: Pues que ¿aún no lo sabía?

Herta: Si, hija mía, soy tu madre, (*Cae en un sillón y llora.*)

Marta: (*Yendo hacia ella, pero con frialdad.*) ¡Ah!, ¡mi madre, mi madre!
.... (*Se arrodilla a su lado y le besa la mano.*)

Gilbertín: (*Al Dr. Enjuagándose los ojos.*) Pero, ¿a quién se le ocurre?
.... ¿No sabía Ud. que la creía muerta?

Eisenbarth: No me acordaba; estoy tan emocionado, han pasado por mi cerebro tantas cosas.

Enrique: (*A Marta.*) ¿Y no le das un beso?.....

Marta: (*Con naturalidad.*) ¿Pues no lo está Ud. viendo? Ya la beso, ya la beso, (*la besa varias veces la mano, y mirándola entre curiosa y asustada.*)

Herta: ¡Oh, señor! En mí, tan solo, en mí se efectúa tu venganza. (*Se oye música de concierto, una música triste alemana. Pausa en Herta acaricia a Marta.*)

Marta: (*Se levanta bruscamente al oír la música.*) ¡Ya está ahí!, ¡ya llego el del violín! ¿No les parece que vayamos al salón, para celebrar la próxima Boda?

Enrique: Como tú quieras, ¡ángel mío!

Eisenbarth y

Gilbertín: ¡Si vamos!

Herta: Vaya Ud. adelante, yo los sigo.

ESCENA X

Herta sentada en el sillón.

Herta: Ni una frase de amor, ni una caricia: besos fríos, helados. Ahora comprendo la frase aquella del Obispo: "los pecados de los padres caerán en los hijos hasta la tercera y cuarta generación." Ahora he visto los efectos palpables de las palabras de las escrituras; pero no es él acaso, ni el capricho de un Dios personal la causa de su cumplimiento: es la consecuencia de una causa precisa, determinada: es la acción de la Ley de Karma; el resultado de la ley mental, de justa y reciproca correspondencia, de acción y reacción de lo sembrado y recogido en cada capítulo de la vida.... Ahora más que nunca debo amarla: es forzoso que la guie, que la acompañe. Ahora comprendo lo del nuevo testamento.... El ciego de nacimiento, no es ciego por culpa de sus padres; es ciego porque su ayer fue de tinieblas; trae consigo la cosecha de lo que sembró: hábitos, tendencias e inclinaciones son producto íntegro de labores mentales anteriores al momento en que se poseen: son el fruto de nuestra siembra de ayer....

Si la cizaña intelectual se separa del trigo escogido que debe nutrir al espíritu y este, por acertada elección de ideas, logra independizarse de las mentes malévolas, de aquellas que el odio es su alimento y el desprecio su manjar predilecto: si la humanidad comprendiera que la salvación está en sí por la propia y ajena elevación de la mentalidad..... entonces Cristo con su amor estaría con los hombres: su reinado sobre la tierra sería un hecho, porque el odio, consecuencia de la ignorancia sobre el fin de la vida, ya habría cedido el puesto al bien, única sabiduría que a todos es fácil practicar..... El calvario de mis culpas aquí empieza, y con él, mi expiación. (*Se levanta de la silla, se arrodilla en medio del salón y dice.*)

¡Dios, todopoderoso, Mente Universal, Inteligencia sabia! :
Tú que ni castigas ni premias por suma bondad de tu ley;
Jesús, modelo no comprendido: tú que perdonaste a la
pecadora; tú que amorosamente contuviste las iras del
populacho contra ella, autorizándolo para que tirara la
primera piedra, quien de los presentes se hallara sin
pecado: como madre arrepentida de sus pasadas culpas,
dame todo el amor que necesito para purificar a mi hija y
arrancarla del borde del precipicio en que la colocaron sus
yerros, los míos y los de cuanto la rodearon.... Perdón para
todos, porque, si solo el amor sentido por igual a todos es
la base de la redención propia, ley escrita en la conciencia
universal, justo es que la vida individual sea un perenne
sacrificio de la personalidad en aras del bien ajeno. ¡Perdón,
Señor! La luz viva de tu espíritu ilumino las profundidades
de mi conciencia y me anonadó. ¡PERDÓN!

TELÓN RÁPIDO.